

PABLO BELTRAN DE HEREDIA



EL DOCTOR
DIAZ CANEJA
Y SU TERTULIA

Dibujo de la cubierta por
HECTOR OLEA

© *Pablo Beltrán de Heredia*

Edita: ARTES GRÁFICAS BEDIA
Africa, 5
39001 SANTANDER

I.S.B.N.: 84-7269-036-9

Depósito legal: SA. 425—1990

ARTES GRAFICAS
GONZALO BEDIA
Africa, 5
39001 SANTANDER
CANTABRIA

Edición dedicada a sus clientes y amigos.

Invierno 1990-1991.

PABLO BELTRAN DE HEREDIA

EL DOCTOR DIAZ CANEJA Y SU TERTULIA



SANTANDER
1990

*Todo se descompone. Tú no puedes,
memoria infiel, guardar tras esa capa
de mendigo tus joyas, y en un mapa
de remiendos concluyen tus mercedes.*

JORGE GUILLEN.

¿Cuál es el resorte que mueve al hombre para dirigirse, retrospectivamente, al encuentro de lugares o personas que han quedado a su espalda en la vida?

Lector apasionado de memorias, epistolarios y cualquier otro género de escritos en los que se condensan las horas que fueron deslizándose fugaces, creo que hay varias maneras de aproximarlas a nuestra realidad. La más habitual es la que se refleja en los relatos donde la evocación del pasado fluye a través de una exposición cronológica lineal. Pero como no solemos, por lo general, escribir diarios, ni siquiera esquemáticos, ese tipo de memorias necesita de una apoyatura posterior en los relatos paralelos de periódicos o libros de historia. Y con ello viene a desvirtuarse, de alguna manera, la fidelidad del propio recuerdo.

A esto habrá que añadir, por otra parte, que el fundamental impulso de la memoria humana, dentro de sus variados niveles, se diversifica en muy distintas clases. Cuando pienso, por ejemplo, en la mía, la percibo, sobre todo, como una memoria gráfica o visual, creo que bastante perfecta. Pero al margen de que esto pueda originar indudables desenfoces en la precisión cronológica, el paso del tiempo hace también selecciones arbitrarias de temas, personas o situaciones.

No recordamos, desde luego, con la misma diafanidad cuanto nos ha ocurrido en el curso de la vida, ni mucho menos aquello de que fuimos testigos, quizá porque de manera imperceptible se nos ha ido difuminando lo que menos afectara a nuestra sensibilidad. Al mismo tiempo, la inconsciente selección en la carga de los recuerdos puede producir el fenómeno de agruparlos, también arbitrariamente, en torno a los lugares o situaciones rememorados.

Para superar tal cúmulo de escollos y dificultades en este fugaz retorno mío al pasado, no sólo me he servido de las apoyaturas literarias indicadas, sino también del testimonio vivo de unos cuantos amigos, cuyos nombres quiero poner al frente de las páginas que siguen, como prueba de un riguroso propósito de veracidad en el relato.

He aquí los nombres de quienes me han ayudado en mi tarea: Emilio Fernández Castaño y Díaz Caneja, Fernando Gómez Collantes, Aurelio García Cantalapiedra, José Luis Maruri, Benito Madariaga, José Ramón Saiz Viadero, Antonio Zúñiga, Carmen Gil Delgado (†), Angel de la Hoz, Manuel Arce, José Luis Casado, Pablo Schabelsky, Francisco Vázquez, Paloma Sainz de la Maza y Antonio Avendaño.

A Ricardo Gullón, que me desbrozó el
año pasado el camino, con su evocación
de la tertulia.

Soy muy consciente de que el doctor Díaz Caneja ha sido una de las figuras de más acusada personalidad y de mayor relieve cultural y humano que he tenido la fortuna de conocer y tratar a lo largo de la vida. De tratarle incluso con alguna intimidad, aun habiendo sido un hombre bastante retraído y con alguna tendencia a la soledad.

Mis recuerdos más nítidos le sitúan en la denominada tertulia del Hotel Bahía; pero le conocí unos años antes. Debí de ser en el verano de 1944 cuando acudí a su consulta particular, entonces en el chalet que habitaba como director de la Casa de Salud Valdecilla, para que me graduara la vista.

Tras habérsele encomendado la subdirección de la Casa, no mucho después de que Wenceslao López Albo fuera designado «director técnico-administrativo» por el marqués de Valdecilla, el 16 de abril de 1928, pasaría a dirigirla cuando renunció al puesto López Albo, el 10 de setiembre de 1930, por las razones que don Emilio reveló al doctor Marañón, en un informe confidencial, fechado el 18 de diciembre de 1949, de cuyo original me hizo entrega su autor. Al acusarle recibo del mismo, don Gregorio, en carta autógrafa que poseo también, lo juzgaría «admirable por su sinceridad, por su

precisión, por su copioso contenido de datos», habiéndole sido «utilísimo para formar juicio del delicado asunto».

Según el doctor Díaz Caneja, «López Albo dimitió cuando el Patronato acordó variar el Estatuto, dejando al director sin autoridad ninguna administrativa. Esto se hizo, no por inesperado —era siempre loable— fervor religioso de la marquesa [de Pelayo], que decidió confiar la total gestión administrativa a las Hermanas de la Caridad, sino por motivos exclusivamente económicos». Aun así, la sustitución de López Albo aparecería «camuflada por el Patronato en supuestos motivos ideológicos, basados en su supuesta —y muy posible— condición masónica. No sé si era o no masón —precisaba don Emilio—, pero su manera de pensar y actuar, encajaba bien en el concepto clásico del masón; sin para ello recordar que, en Colindres, apodaban a su madre *la masona...*»

Al conocer yo en su momento esos datos, de manera tan imprevista, recordé los rumores oídos, hacía tiempo, acerca de la posible adscripción del marqués de Valdecilla a la masonería, durante su estancia en Cuba. Muy sintomático resultaba el hecho de haber sido nombrado director de la Casa un discípulo predilecto del doctor Simarro, sin figurar siquiera entre los candidatos previamente seleccionados. Y también, por supuesto, el que hubiesen asesorado al marqués, en su primitivo proyecto de hospital, caracterizadas figuras de la masonería.

La verdad es que no me sacó de dudas don Emilio, cuando le hablé del tema, creo que una mañana en la finca de Marcel Jaurey, en Galizano. Se limitó a decirme: «No sabría resolver sus dudas. De lo que sí estoy seguro es de que el marqués no aparentaba ser masón, en los años en que yo le traté. Quizá no fuera hombre demasiado religioso; pero, políticamente,

hacía gala de su entusiasmo no sólo por los reyes y la Monarquía, sino también por la Dictadura y, sobre todo, por el general Primo de Rivera».

Dispuesto a no rehuir el problema, volví a preguntarle: «¿Y no cree usted que el rechazo de anteriores posiciones ideológicas pudo haber sido incluso el móvil de la profanación de su cadáver, en la madrugada del 4 de marzo de 1935?» Ante este nuevo enfoque, se mostró aún más dubitativo: «¿Usted cree?... ¿Y qué sentido podría tener la cosa?»

Me encontraba yo entonces muy influido, sobre el particular, por mis frecuentes conversaciones con Eugenio Vegas Latapie, recluido en Santander, al haber cesado como preceptor del príncipe don Juan Carlos, para preparar oposiciones a notarías. Durante el tiempo que estuvo destinado en la Auditoría de Ceuta, en plena guerra civil, fueron muchas las irregularidades advertidas en los sumarios y en las sentencias que le permitieron llegar a la absoluta convicción de que las leyes dictadas contra la masonería habían servido, más bien, para castigar a los masones que hubiesen dejado de serlo. La persecución, dirigida contra los desengañados y arrepentidos, vino a ser, pues, un instrumento de venganza.

También entre los ritos masónicos de la venganza figuraba el gesto simbólico de *aventar* las cenizas de los traidores. Dada la irracionalidad de la profanación de los restos del marqués, no parecería aventurado relacionarla con aquel tipo de venganza. Hasta pudiera ser reveladora la circunstancia de que el mayor empeño de quienes violentaron uno de los seis nichos que forman el sencillo panteón de la *Familia Ramón Pelayo*, en el cementerio de Valdecilla, no fuera sino la separación de las manos del cadáver, unidas por un gran rosario.

Reconozco que no se mostró el doctor Díaz Caneja demasiado propicio a aceptar tales argumentos.

Ante el nuevo giro dado al problema de la dirección de la Casa de Salud por la marquesa de Pelayo, que dominaba ya por completo la voluntad de su anciano tío, razonó López Albo la forzada renuncia en un largo escrito, cuya única copia autógrafa entregó a don Emilio, quien sospechaba que el original nunca había llegado a manos del fundador. Cuando éste le llamó, para confiarle la dirección de la Casa, le dijo textualmente: «Por mi edad y mi modo de ser, soy conservador. Albo tenía confianza en usted, y mi deseo es que usted le suceda». Por esta razón, el doctor Díaz Caneja se trasladaría, desde el piso que ocupaba en el número 16 del paseo de Pereda, al pabellón del director de la Casa de Salud Valdecilla, donde yo le conocí.

Pero nuestra amistad se iniciaría en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. El año 1947, en que se organizó ésta definitivamente, comienza él a dirigir la Sección de Ciencias Biológicas, y yo me encontraba al frente de la Residencia Universitaria, instalada en el Seminario de Monte Corbán. Es muy posible que al año siguiente tuviésemos ya una buena relación personal, a juzgar por la delicada confianza, de tipo familiar, que me hizo en la noche del 23 de agosto, poco antes de comenzar, en el claustro neoclásico del Seminario, un concierto de la Orquesta Provincial de Música de Cámara de Asturias, bajo la dirección del maestro Angel Muñiz.

¿Nos habíamos tratado ya como contertulios? Sin duda alguna, aunque no, por supuesto, en el Hotel Bahía, que ni siquiera estaba entonces construido. Nuestra tertulia tuvo su

más remoto antecedente en la que solía reunirse al atardecer, antes de la guerra civil, en la cervecería *La Austriaca*, de la alameda de Jesús de Monasterio, regentada por Andrés y Julio Mendiburo, en conexión con la fábrica de cerveza del mismo nombre, situada en Cajó, frente a los terrenos que ocuparía después el Parque Municipal de Bomberos. Era un amplio y elevadísimo salón, cuyos muros aparecían totalmente cubiertos por grandes lienzos del paisajista santanderino de finales del siglo XIX Carlos Pombo Escalante. En la parte posterior, junto a la barra, el local tenía salida a un patio, colindante con la calle de Fernández de Isla, con cuatro o cinco tableros para el popular juego de la rana, en el que solían colocarse, también, algunas mesas durante el verano.

Habituales contertulios eran entonces allí, entre otros, Bernardino Cordero, Angel Lloreda, Ernesto Alday, Agustín González Trevilla, Antonio Vallina, Angel Ruiz Zorrilla y Adolfo Peredo, durante sus largos veraneos en el chalet familiar del paseo de Ramón Pelayo.

Disuelta la tertulia, al producirse el alzamiento militar, algunos de aquellos amigos continuaron reuniéndose, al mediodía, en *La Austriaca*, de Puerto Chico. A esa época corresponde una divertida anécdota, de la que tuve conocimiento por Adolfo Peredo, testigo presencial de la misma.

Pocos días después del 18 de julio, cuando se encontraba Adolfo en la cervecería, por lo menos, con Bernardino Cordero y Agustín González Trevilla, arquetipo casi emblemático del burgués opulento y feliz, entró una aguerrida pescadera, con una gran langosta en la mano, anunciando a voz en grito y con ademanes retadores la rifa del crustáceo: «¡Ya es hora de que también los pobres comamos langosta!... ¡Por sólo diez

céntimos la papeleta, podeis llevaros ahora mismo esta langosta a casa!» Y con ímpetu renovado, mientras seguía dando vueltas dentro del local, gritaba: «¿Quién me compra alguna papeleta? ¡Para que también coman langosta los que no la han probado!» Al cabo de un rato, la entusiasta pregonera volvió a aparecer en *La Austriaca*, anunciando el número de la papeleta premiada. Y como daba la casualidad de que el agraciado por la suerte era González Trevilla, se cuidó éste mucho en ocultar que el número premiado correspondía a una de las papeletas adquiridas por él.

Aquella mínima e improvisada tertulia se disolvió muy pronto. No eran tiempos demasiado propicios para reuniones de esa clase. Además, en la misma cervecería se inauguró, el 4 de setiembre, el primero de los comedores creados por el Frente Popular para atender a los obreros sin trabajo afiliados a la UGT y la CNT. Se produjo, pues, la dispersión de los últimos tertulianos.

Algunos llegaron incluso a estar detenidos. Bernardino Cordero, por ejemplo, quizá por el simple hecho de ser una de las figuras más representativas, en Santander, del partido republicano radical de Alejandro Lerroux. En el registro que se le practicó en su domicilio de la calle de Isabel II, los milicianos que lo efectuaban descubrieron con júbilo, como prueba de evidencia para ellos irrefutable, el retrato de su único hermano Juan —con uniforme de teniente de Regulares—, muerto el año 1921, en el desastre de Annual. Lo conservaba Bernardino en su despacho, igual que en su momento lo enmarcaron los padres, con una cinta bicolor *monárquica* —la bandera nacional de la época— cruzando uno de los ángulos superiores de la fotografía. No permanecería mucho

tiempo detenido. Debió su libertad al prestigioso funcionario judicial Ricardo Guerra, que gozaba de gran predicamento en el Frente Popular.

En los días de su breve estancia en la prisión provincial, coincidió en ella con el doctor Díaz Caneja, que había sido detenido el 24 de setiembre, lo mismo que su mujer. Y en directa relación con ello se produjo el inesperado nombramiento de nuevo director de la Casa de Salud Valdecilla. Don Emilio relataría así al doctor Marañón lo ocurrido, en el ya citado informe confidencial:

«...se nombró, en el mismo día, director [...] a un pobre médico desconocido —incluso he olvidado su nombre— que había sido nombrado antes médico de la cárcel. En la primera rueda de reconocimiento que hube de pasar ante él, hizo un gesto como demostrando su asombro de verme allí. Terminada la rueda [...], salió para Valdecilla, llevando en el bolsillo su nombramiento de director. Su toma de posesión fue cómica. Su primera pregunta fue averiguar si yo tenía automóvil, mostrando disgusto al saber que nunca lo había tenido. Su segunda decepción fue al enterarse de la nómina de la Casa, y saber que su director tenía —y ha seguido teniendo— cuatro mil pesetas anuales de sueldo. Pero el día había de serle breve para nuevas decepciones.

Era presidente de la Diputación un Sr. Miranda, técnico electricista de Standard, quien al saber el nombramiento del nuevo director salió rápidamente para Bilbao, con poderes suficientes para convencer a Albo de la necesidad de su nuevo nombramiento como director de Valdecilla. El médico de la cárcel pasó a serlo del barco —Buchenwald flotante—, donde se agravaron sus antecedentes, poco honrosos para la clase».

Son muy escasos e imprecisos los datos relativos al cambio de dirección en la Casa de Salud Valdecilla publicados en la prensa local. No se cita, por supuesto, la detención del doctor Díaz Caneja; pero en *El Cantábrico* de 26 de setiembre aparece una nota del día anterior, firmada por Bruno Alonso, en la que se informaba: «Como las gestiones para traer a Santander al antiguo director de la Casa de Salud Valdecilla, señor Albo, han dado un feliz resultado, esperando su inmediata incorporación, esta Dirección General [de Guerra] se considera obligada a expresar al señor Gonzalvo su agradecimiento por haber atendido en el acto nuestro deseo de encargarse de la Dirección...»

Tampoco tardaría mucho Ernesto Gonzalvo Fernández, especialista en aparato digestivo, en hacerse cargo de los servicios médicos en el barco *Alfonso Pérez*, requisado a finales de julio a la Sociedad naviera Pérez y Compañía, lo mismo que en octubre de 1934, para ser convertido en prisión flotante. Atracado en la dársena de El Cuadro, incorporada hoy al Barrio Pesquero de Maliaño, se vivió en su interior la más dramática de las situaciones, al ser ametrallados de manera indiscriminada los presos que abarrotaban la bodega, muy a primera hora de la tarde del 27 de diciembre de 1936, como represalia por el bombardeo aéreo que acababa de sufrir la ciudad. El doctor Gonzalvo sería fusilado, poco después de la entrada en Santander de las tropas del general Franco.

Quien llevó a cabo la gestión para el nombramiento de López Albo como sustituto de don Emilio —en realidad, de Ernesto Gonzalvo— fue Laureano Miranda, vicepresidente en funciones de presidente de la Diputación Provincial. Cuando aún era director de la Casa el doctor Díaz Caneja, el propio

Miranda había informado a la prensa local, el 15 de setiembre, de la propuesta hecha al Comité de Guerra para la incautación de los bienes de los marqueses de Valdecilla y Pelayo, destinados al sostenimiento de la Casa, cuyos servicios pasarían a depender de la Dirección General de Guerra.

No se trataba, en rigor, sino de revocar una anterior disposición gubernativa, a la que no había sido ajeno don Emilio. Según le revelaría al doctor Marañón, al proclamarse la República, no contaba él con amigos políticos que pudieran apoyarle en Madrid. Pero, por distintas circunstancias, le resultó «fácil lograr que don Fernando de los Ríos se interesase por la marcha de Valdecilla, visitase en una ocasión la Casa y [...] concediese una pequeña subvención para gastos de cultura».

Consiguió algo más decisivo el doctor Díaz Caneja, de unos hombres con los que nada tenía en común políticamente. «De los muchos recuerdos de esta época —le dice a Marañón— conservo una carta de De los Ríos a Bruno Alonso, aceptando mi deseo de que se acordase en Ley, la excepción del Marqués de Valdecilla en la promulgación de incautación contra los grandes de España».

Había sido aquella una medida presentada y defendida por el diputado de Acción Republicana Luis Bello, en la sesión del Congreso de 8 de setiembre de 1932 —muerto ya el marqués de Valdecilla—, como enmienda ampliatoria de la base V de la Ley de Reforma Agraria, en virtud de la cual quedarían «sujetos a expropiación los bienes rústicos de la extinguida nobleza». Según consignaría Manuel Azaña en sus *Memorias*, «la expropiación [...] responde al propósito del Gobierno, instado también en ese sentimiento por el Presi-

dente de la República, de descargar un duro golpe sobre los nobles terratenientes para hacerles sentir en el bolsillo las consecuencias del 10 de agosto y contribuir al quebranto de su posición en España».

Como consecuencia de ello, la *Gaceta de Madrid* publicó el 16 de octubre la lista de los trescientos sesenta y un grandes de España afectados por la Ley de Expropiación. Con el número 241, figuraba el marqués de Valdecilla, título otorgado el 19 de junio de 1917 a don Ramón Pelayo de la Torriente, a quien se le concedería además la Grandeza, durante la dictadura del general Primo de Rivera, el año 1927. Al decretarse la medida expropiatoria, el título había recaído ya, aunque sin transmisión legal debido a la nueva situación política, en su sobrina María Luisa Gómez Pelayo, marquesa también de Pelayo, desde el 19 de octubre de 1929, sin el aditamento de la Grandeza. Al doctor Díaz Caneja se le debió, pues, la rectificación de una medida gubernativa que volvería a su primitivo estado pocos días antes de que él ingresara en la prisión provincial de Santander.

No le era extraño Laureano Miranda a don Emilio. Según refiere al doctor Marañón, «un día me visitó, con otro señor que no recuerdo, para ofrecérseme en nombre de las Logias de Madrid. Como yo le conocía como cliente —prosigue el relato—, le dije que había un grave error en su gestión, pues ni yo había tenido jamás ningún contacto con la masonería, ni en mis creencias era posible tenerlo, ya que incluso pertenecía a una liga antimasonica francesa».

A pesar de ello, no deja de reconocer, en el mismo confidencial informe, que la masonería, a través de López Albo, no sólo hubo de prestarle a él valiosas ayudas, sino que

«salvó materialmente la Casa en 1936». Y, en testimonio de ello, aportaba algunas precisiones: «En el día de su llegada, fue Albo a verme en la cárcel y toleró que a mi mujer, también detenida, se le permitiese vivir en el hospital, con lo que pudo permanecer en el pabellón que aquí ocupábamos, y al que tenía derecho Albo». Consiguió, además, que se hiciera cargo del Servicio de Oftalmología, dirigido por el doctor Díaz Caneja, su gran amigo Pascual de Juan, quien no dejaría luego de sufrir enojosa y dilatada persecución por sus anteriores contactos con la masonería. Se le autorizó asimismo a don Emilio la salida, en algunas ocasiones, para atender a enfermos graves y urgentes, por lo que en ningún momento estuvo alejado de su profesión, que ejercía también, con toda generosidad, dentro de la prisión provincial, donde permaneció recluido hasta el día mismo de la toma de Santander.

Mucho más breve fue la detención de Ceferino Aguilera, que simpatizaba con el partido radical socialista, aun sin haber estado nunca afiliado. Le denunció una criada, por el grave delito de escuchar radios *facciosas*. Conducido, en un principio, a la checa instalada por el comisario Neila en el Hotel Ignacia, la paliza que allí se le dio le produjo la fractura de una costilla. Movilizados sus amigos políticos, no tardaron en sacarle de la prisión provincial, a donde había sido trasladado. Ni siquiera aquellas duras adversidades le servirían de Jordán depurador, después de la ocupación de Santander por el ejército franquista. Acogido, como tantos otros, al *refugium peccatorum* de la Falange, tuvo que desfilar alguna vez, vistiendo la camisa azul, a lo largo del paseo de Pereda, agravada la penosa situación moral con la circunstancia chaplinesca de llevar desprendida la suela de uno de los zapatos.

Quien se mantuvo, como siempre, imperturbable fue Adolfo Peredo. Le incorporó Augusto Navarro Martín al equipo de su Servicio de Dermatología, en la Casa de Salud Valdecilla, donde se presentaba puntualmente todas las mañanas, a las nueve, sin despojarse un solo día del sombrero, el cuello almidonado y la corbata. En cierta ocasión, sin embargo, sintió la amenaza de un serio peligro, que no tuvo, al fin, más consecuencias que el momentáneo temor. Cuando se trasladaba en tranvía a Valdecilla, alguien le preguntó en voz alta, desde un extremo de la misma plataforma en que él iba apretujado: «¿Tiene usted buenas noticias de Franco?» El interés tan imprudentemente mostrado, ante el asombro de los aterrados viajeros, se refería a su único hermano varón, de nombre tan comprometedor en aquellos momentos, que permaneció durante toda la guerra en Madrid. Al mismo Servicio de Dermatología estaba adscrito Ceferino Aguilera, desde la fundación de la Casa de Salud Valdecilla.

Con la normalización relativa de la vida, al ser incorporado Santander a la zona dominada por el general Franco, volvió a reanudarse la antigua tertulia. Pero, por desavenencias personales entre los viejos amigos, el núcleo fundamental abandonó *La Austriaca*, de la alameda de Jesús de Monasterio, para instalarse en el *Bar La Mundial*, situado en la Ribera, entre el *Café Español* y el *Café Royalty*. Al frente de él se encontraban los hermanos Jesús y Ponciano Digón. El no haberse continuado la efímera tradición de la cervecería de Puerto Chico se debió, fundamentalmente, al clima de exaltado falangismo que su propietario —Manuel San Martín— fomentó en el local, frecuentado ya antes de la guerra por destacadas figuras de la *vieja guardia* de la Falange montañesa.

En aquella nueva tertulia de *La Mundial*, se daba la circunstancia de que la mayoría de los reunidos eran médicos y personas, además, de una gran posición económica; casi todos ellos tenían automóvil, lo que no era entonces frecuente. Entre los más asiduos tertulianos se encontraban Angel Ruiz Zorrilla, Alfredo de la Vega Hazas —muy amigo del doctor Marañón—, José Somarriba, Pepe Muriedas, Antonio Vallina, José Cortiguera —ayudante que había sido del prestigioso tocólogo Francisco Botín—, Mario Corcho, Vicente Fernández de la Torre —discípulo predilecto y colaborador de Teófilo Hernando—, Adolfo Peredo, Bernardino Cordero y Agustín González Trevilla, que continuaba frecuentando tres o cuatro tertulias diarias. Destacaba la ausencia del antiguo alcalde de Santander Angel Lloreda, perseguido y hasta encarcelado, aunque no por mucho tiempo, al acusársele de contactos con la masonería.

Si casi todos los tertulianos poseían automóvil, dos de ellos —Mario Corcho y Bernardino Cordero— habían sido algunos años antes propietarios de una flamante gasolinera —matriculada con la significativa reduplicación *Cor-Cor*—, que llegó a prestar a la Monarquía algún destacado servicio, poco antes de hundirse, en el verano de 1929, ante la bocana de Puerto Chico. Durante una regata de balandros en el abra del Sardinero, sufrió cierta avería de importancia el *Hispania*, patroneado por Alfonso XIII, no lejos del lugar donde estaba la *Cor-Cor*. Y fue precisamente esta gasolinera, aun siendo de un republicano tan caracterizado como Cordero, que se encontraba a bordo, la que condujo al rey al Club Marítimo.

Había sido Bernardino uno de los fundadores del Real Club Marítimo, en 1927, y era asiduo del mismo. Se daría,

sin embargo, de baja como socio, para protestar contra la resistencia opuesta por la junta directiva a que se ofreciese una fiesta de gala al presidente de la República —Niceto Alcalá Zamora— durante su proyectado viaje a la Montaña, en el verano de 1932. Coincidió la polémica suscitada por ello en la prensa con el golpe de Estado en Sevilla del general Sanjurjo, y en la misma noche del 10 de agosto, yo vi como las masas enardecidas prendían fuego al barracón del Club Marítimo y al local muy próximo del Círculo de Recreo, en el paseo de Pereda. También se dio entonces de baja Adolfo Peredo, que reingresaría en el Club al cabo de mucho tiempo.

Continuó Bernardino acreditando una gran afición marítima, en sus frecuentes paseos a lo largo de los muelles, que le permitían estar al tanto del movimiento portuario. Recuerdo haberle oído comentar una noche en la tertulia, con Rafael González Echegaray, la historia pormenorizada de los barcos que periódicamente llegaban a Santander, cuyas modalidades él conocía como simple curioso espectador. Y ello estuvo a punto de costarle la vida. Cuando seguía con todo interés, en uno de sus paseos habituales por el muelle de bloques, alguna complicada faena de descarga, se desprendió el estrobo de una de las grúas, que vino a caer casi donde él se encontraba.

Al desaparecer *La Mundial*, arrasada por el incendio de 1941, la tertulia quedó nuevamente eclipsada, para reanudarse algunos meses más tarde en uno de los barracones levantados por el Ayuntamiento, en diversos lugares de la ciudad, como refugio provisional del comercio siniestrado. *La Mundial* sería instalada en el que se construyó sobre la calle que separa el Banco de España y la Casa de Correos. Y allí volverían a

reunirse todos los días los antiguos contertulios, a partir de las siete y media de la tarde.

Fue entonces cuando al primitivo núcleo nos incorporamos algunas otras personas: Ricardo Gullón, introducido por Angel Lloreda —libre ya de conflictos policiales—; José Luis Maruri, que había conocido a Gullón en la Biblioteca Municipal, donde preparaba su biografía de Pereda, y, a través de él, Nicolás de Ceano-Vivas y yo; Ignacio Aguilera, los hermanos Fernando y Jesús Gómez Collantes, amigos entrañables de Bernardino Cordero, y con ellos José del Río Sainz; Ceferino Aguilera, con Manuel de la Brena, ayudante suyo en la Jefatura Provincial de Sanidad; Tomás Carrillo, contertulio de Ignacio y Ceferino Aguilera en el Círculo de Recreo, a la hora de la sobremesa, Eulogio Barros... Y el primero en llegar al barracón, durante los veranos, don Luis de Hoyos, a quien acompañaban sus hijas Marisol y Nieves, hasta dejarle allí instalado, para comenzar a regañar a cuantos tardaran en incorporarse a la tertulia o rechazar después —malhumorado— los comentarios irónicos de Adolfo Peredo, cuando le discutía muy en serio, por ejemplo, la existencia de los meridianos y los paralelos, con el pueril argumento de no haberse tropezado jamás con alguno de ellos, en ninguno de sus muchos viajes por el extranjero.

Es muy larga —e ilustre— la nómina de los tertulianos que ya entonces pudieran ser considerados transeúntes, introducidos casi todos por Fernando o Jesús Gómez Collantes: Ramón Carande, Mariano Espinosa —director del ABC republicano, durante la guerra civil—, el arquitecto Carlos Arniches, Juan Esplandiú, Emilio García Gómez, Manuel Sierra, el bailarín Vicente Escudero, José Segura —último director de

El Cantábrico—, los actores Antonio Vico y Valeriano León, el pintor Juan Manuel Caneja, Ramón Sánchez Díaz, el polifacético José de Zamora, Dámaso Alonso... Y, con bastante frecuencia, don Antonio Royo Villanova, asiduo veraneante en el Gran Hotel del Sardinero; casado con doña Consuelo Fernández Cavada y Bustamante, contrapariante de los hermanos Gómez Collantes, era, además, muy amigo de don Luis de Hoyos.

Mucho más inesperada y sorprendente fue la presencia, tres o cuatro tardes seguidas, del académico don Vicente García de Diego. Ya la segunda vez que estuvo en la tertulia, logró sentarse junto a Ceferino Aguilera, a quien comenzó a hacer preguntas, con un pequeño bloc en la mano y pluma estilográfica en ristre. Todo fue como sobre ruedas, mientras las preguntas se limitaron al interés mostrado por las peculiaridades de pronunciación de algunas determinadas palabras en la provincia de Santander. El problema grave surgió, cuando quiso don Vicente conocer las zonas de la región donde pudiera todavía señalarse la tendencia a la aféresis. «Afe... ¿qué?», interrogó a su vez Ceferino. «¿No es usted Aguilera?», preguntó, sorprendido, el sabio interlocutor. Descubierto entonces el equívoco, Ceferino le aclaró: «Sí, soy Aguilera; pero creo que usted me ha confundido con mi primo Ignacio». A partir de aquella noche, García de Diego no volvió a aparecer por el barracón de *La Mundial*.

Hacía ya algún tiempo que Ignacio había comenzado a distanciarse de la tertulia, como si quisiera ir cortando amarras con quienes pudiesen recordarle sus juveniles veleidades izquierdistas. La ruptura, casi total, se produjo cuando obtuvo en propiedad, el 15 de diciembre de 1944, el cargo de director

adjunto de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. No puso una sola vez el pie en *La Mundial*, de la plaza de las Atarazanas. Cuando allí se trasladó la tertulia, estaba fraguándose ya su nombramiento —en la primavera de 1947— de secretario general de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, con el complemento que muy pronto recibiría de asesor cultural en la Delegación Provincial de Educación Popular.

En el mismo barracón de *La Mundial*, comenzó también a reunirse los domingos, a primera hora de la tarde, el grupo de jóvenes escritores que formarían luego la tertulia del incipiente *Proel*: Carlos Nieto, Julio Maruri, Leopoldo Rodríguez Alcalde —*Polín*—, Manuel Arce, Carlos Salomón, Aurelio García Cantalapiedra —*Pity*—... y algunas veces, José Uzcudun —*Pepuz*—, Ignacio Aguilera y Ricardo Gullón. Por un complicado y original pique entre Enrique Sordo —otro de los tertulianos— y el camarero que solía atenderles, el grupo decidió trasladarse en bloque a *La Austriaca*, de Puerto Chico, donde quedaría institucionalizada aquella tertulia, a la misma hora de la sobremesa.

¿Cuándo y cómo se incorpora el doctor Díaz Caneja a la que terminaría siendo su tertulia? Mucho más tarde, una vez trasladada *La Mundial*, en 1946, al edificio construido por la Sociedad de seguros *La Equitativa* en la avenida de Calvo Sotelo, con amplia fachada también a la plaza de las Atarazanas, donde se instalaría el bar. Fue una de las primeras casas que se alzaron en la zona reconstruida.

La total vinculación de don Emilio a la tertulia, quizá deba relacionarse con las cenas ofrecidas anualmente en su casa por Bernardino Cordero, el día del cumpleaños, bajo la cuidadosa atención y el esmerado servicio de Basi, la fiel

ama de llaves de Bernardino, después de la muerte de su única hermana Paquita. A ellas asistían por entonces, entre otros, Ceferino Aguilera, Augusto Navarro Martín, Diego García Alonso, Adolfo Peredo y el propio don Emilio, a quien Cordero había conocido en Madrid, al coincidir los dos en el mismo cuartel en que prestaban el servicio militar.

Durante la etapa de la tertulia en *La Mundial*, de la plaza de las Atarazanas, se producen dos novedades singulares en su historia. Una de ellas, la coincidencia casi diaria en el local, y a la misma hora, del famoso prestamista Fermín Barquín, personaje bien conocido en la ciudad y con una gran posición económica en aquellos momentos. Solía acudir allí, como ha recordado con gracejo Ricardo Gullón, para rezar en silencio un rosario completo, utilizando como dieces los nudillos de las manos, que apoyaba sobre el bastón. Cuando terminaba el piadoso ejercicio, iba aproximándose, poco a poco, a nuestra tertulia, que solía ocupar el mismo largo diván en que él se hallaba sentado, desde mucho antes. Nos escuchaba con atención, y varias veces intervino en nuestras conversaciones, para apostillarlas en sentido afirmativo, con expresivos movimientos de cabeza, o rectificar de palabra algunos juicios sobre figuras o episodios de la vida local; por ejemplo, sobre la generosidad de Pérez Galdós, en relación con una antigua amante, puesta en duda por Pío Baroja, en sus *Memorias*. Desde luego, siempre que no se encontrase Gullón entre nosotros, por haber tenido que actuar de fiscal, en ocasión en que Barquín hubo de sentarse en el banquillo de los acusados.

El otro singular acontecimiento fue la defección de Agustín González Trevilla, uno de los puntales no sólo de nuestra tertulia, sino de otras varias en la ciudad. Figura muy popular

en Santander, era abogado y socio de Fernando García en la Sociedad naviera de *Vapores Costeros*. De ideología liberal y filiación albista, lo mismo que su padre, antiguo alcalde de Santander, vino a recalar durante la República en el partido radical de Lerroux, al incorporarse a él Santiago Alba, con lo que terminó siendo correligionario de Bernardino Cordero. Era uno de los tertulianos más incondicionales y asiduos. A todos nos sorprendió, por eso, que al casarse su hija María del Carmen —*Maca*— con Juan Antonio Basagoiti, en julio de 1949, no invitase a la boda a ninguno de sus contertulios. El malestar que ello produjo, sobre todo, a Ceferino Aguilera, no dejaría de llegar a conocimiento de González Trevilla, quien se limitó a comentar: «Una cosa son los amigos y otra los conocidos».

Y lo curioso es que Julián Marías, en el tomo segundo de sus recientes *Memorias*, llega a la misma conclusión, desde un planteamiento filosófico: «He distinguido siempre entre los verdaderos amigos y los *conocidos* —magnífica palabra que se usa escasamente—, los colegas o compañeros, etc. Son amigos aquellos con quienes se tiene trato rigurosamente personal, con diversos grados de intimidad, en todo caso con alguna. La amistad requiere correspondencia —no puede ser unilateral—, estimación en lo esencial, que no excluye percepción de los defectos, coincidencia en la manera sustancial de entender la vida, finalmente afecto sincero».

Aunque Bernardino Cordero, sin darse por enterado del desaire, hiciese un buen regalo a la hija de Agustín, éste dejó de poner los pies en *La Mundial*, por lo menos, a la hora de la tertulia. Al Hotel Bahía no acudió una sola vez. Lo que no impedía que si cualquiera de nosotros le veíamos por la calle,

cruzara incluso de acera, para saludarnos efusivamente, con muestras al parecer sinceras de afecto y grandes abrazos. Los mismos que iba a diario repartiendo, a diestro y siniestro, y que le merecieron los amables apodos de *el Cariñoso* —alias familiar del famoso *guerrillero* santanderino José Luis Lavín Cobo, a quien se logró dar muerte el 27 de octubre de 1941— y de *Educación y Descanso*, con el que se aludía, más gráficamente, a la organización sindical falangista dedicada a hacer grato y placentero el ocio de los trabajadores.

La única vez que González Trevilla volvió a sentarse entre sus antiguos contertulios, fue en el banquete celebrado en los salones del *Café Ancora*, en homenaje a Gerardo de Alvear y José del Río Sainz, el 27 de setiembre de 1953, organizado por Jesús Gómez Collantes, a quien todos conocíamos como *el Indiano*, por sus frecuentes y largas estancias en México.

Cuando se produjo el traspaso de *La Mundial*, por la muerte de Ponciano Digón, la tertulia se traslada al Hotel Bahía, inaugurado el día 5 de julio de 1950. Construido casi como una réplica del que había pensado dedicar a *Sotileza*, en el mismo lugar, el Ayuntamiento presidido por Emilio Pino, aunque al frente de él figurase como director Pablo Kessler, el alma del nuevo hotel era don Julián Gutiérrez Torcida, subdirector y asesor técnico, a la vez que accionista. Con él gestionó el traslado de la tertulia su gran amigo Jesús Gómez Collantes, a los cuatro o cinco meses de la inauguración.

En un principio, se nos reservaba el tresillo y los sillones situados al fondo del gran salón del primer piso, entre las puertas de acceso a un comedor reservado y de comunicación con los servicios generales del hotel. Al efectuarse, más tarde,

el arreglo de los salones, pasamos a ocupar, definitivamente, la pared opuesta, entre las puertas que daban al pasillo de la escalera y al bar.

Sentados incluso siempre en los mismos lugares, quienes comenzamos entonces a reunirnos diariamente en el Hotel Bahía, alrededor de las siete y media de la tarde, constituiríamos la *nómina* de la tertulia: Bernardino Cordero —el *decano*—, don Emilio, Adolfo Peredo, Ceferino Aguilera, Ricardo Gullón, Fernando y Jesús Gómez Collantes, Víctor Díez Ceballos, a quien solía acompañar su sobrino político Pablo Schabelsky, Tomás Carrillo, Manuel de la Brena, Nicolás de Ceano-Vivas, José Luis Maruri y yo; algo más tarde, también Antonio Fernández Dívar. Concurrían asimismo, con mayor o menor asiduidad, o en determinadas épocas del año, Marcel Jaurey, Antonio Zúñiga, Diego García Alonso, Antonio Cuervas Mons, Eugenio Vegas Latapie, Alberto Vierna, Antonio Avendaño, José Hierro, Adolfo Arce, Rafael González Echegaray, José Manuel Riancho, Juan Obregón, Francisco Santamatilde, Manuel Arce...

Únicamente, éramos desplazados de lugar durante los veranos, en que nos sentábamos en la terraza, y cuando se utilizaba el salón para banquetes de boda. Se nos acomodaba, entonces, en una pequeña sala que servía de escritorio, contigua al comedor, donde encontrábamos preparado, al comenzar a reunirnos, un abundante *buffet*, con el más completo muestrario de los entremeses que habrían de servirse antes de la comida. Era algo que a don Emilio le molestaba, de manera especial. Casi nunca dejó de comentar, al ver a su llegada los restos de las viandas: «¡Vaya por Dios!... Tampoco hoy nos han faltado las *sobras* del banquete...»

En ninguna otra circunstancia se le permitía a nadie ocupar nuestro lugar, el más destacado y *representativo* del salón; ni siquiera a algún ilustre huésped, como ocurrió con Antonio Ibáñez Freire. Al suceder en el Gobierno Civil a Jacobo Roldán Losada, después de haber tomado posesión del cargo, el 28 de marzo de 1960, residió un mes largo en el Hotel Bahía, según nos informaron los camareros, para dar tiempo a que se le *adecentase* la vivienda familiar en el edificio del Gobierno. En el grupo de sillones de la derecha más próximos a los de la tertulia, solía reunirse todas las noches con algunos amigos, que le acompañaban hasta la hora de la cena. No era persona de apariencia grata, aunque siempre reflejara su rostro una estereotipada sonrisa.

Tampoco alteró nuestra ubicación habitual la llegada de la viuda de Mussolini, el 18 de junio de 1958, al parecer, en una jira organizada para visitar los lugares de enterramiento en el extranjero de soldados italianos. Antes de llegar a Santander, procedente de Madrid, se había detenido un largo rato en el puerto del Escudo, para depositar unas flores y rezar ensimismada después, con las dos rodillas hincadas en el suelo, ante el mausoleo de los italianos muertos en la campaña de Santander.

Cuando se reunió aquella noche la tertulia, a todos nos sorprendió su presencia en el salón, muy próxima a nosotros. La acompañaban algunas figuras destacadas de la Falange montañesa; recuerdo, sobre todo, a Mariuca Castañeda y a Antonio Avendaño, que acababa de ser elegido consejero nacional por la provincia de Santander.

En medio de aquel pequeño grupo, destacaba la fuerte personalidad de *donna Rachele*. Era una auténtica campesina,

de baja estatura y recia complexión, con el pelo blanco y vestida de negro. Al ponerla, mentalmente, en parangón con los aparatosos ademanes teatrales de su marido, aquella sencilla mujer, amable y sonriente, adquiriría un vigor extraordinario.

Durante los veranos, se incorporaban a la tertulia, por ejemplo, don Luis de Hoyos —ya casi ciego—, don Emilio Alarcos y su hijo Emilio, Gerardo de Alvear, Manuel Usandizaga, Angel Velarde, Luis Vela del Campo, Gabriel Franco —a su regreso del exilio en Puerto Rico— y Eduardo Cuevas Cayón, a quien todos conocíamos por el sobrenombre que le puso Adolfo Peredo: *el filósofo señor Cuevas*. De muy dilatada cultura y de hablar pausado y solemne, residía últimamente en Madrid, después de haber viajado mucho por tierras americanas, como secretario general de un Consorcio de conserveros del litoral cantábrico. Ricardo Gullón le había conocido en la tertulia madrileña de Manuel Machado.

La única mujer que estuvo algunas veces, durante los veranos, en la tertulia, fue la doctora Leonor Lorenzo, de ilustre ascendencia liberal, fallecida este año en Santander. Educada en medios institucionistas, descollaba, tanto por su inteligencia, como por su distinción personal y su simpatía. También la traté yo en otra tertulia, a la que asistía por las mañanas en la *Cafetería Lisboa*, del Sardinero, con Víctor Díez Ceballos, Adolfo Peredo, Pablo Schabelsky y, en ocasiones, Fernando Gómez Collantes.

Mención especial merece la presencia entre nosotros —una sola noche— de Jacobo Roldán Losada, pocos meses después de haber cesado en el puesto de gobernador civil de Santander, el 5 de marzo de 1960. Se alojaba en el mismo Hotel Bahía, cuyo bar frecuentaba por las noches. Entre los amigos

que solían acompañarle, figuraba Antonio Zúñiga; al detenerse una tarde en la tertulia, antes de pasar al bar, Ceferino Aguilera le retó a que invitase al antiguo gobernador a tomar una copa con nosotros: «Dile, además, que no nos comemos a nadie».

En efecto, aquella misma noche se acercó Jacobo Roldán a la tertulia, y permaneció en ella unos veinte minutos. Nos confesó, por de pronto, el interés que en sus tiempos de gobernador había tenido en conocer, personalmente, al grupo de *liberales* y *masones* de que tanto le habían hablado, incluso algunos policías; de manera singular, según pude deducir, un inspector, de rasgos epileptoides, cuya despreciable figura se deja ver todavía por Santander.

En el momento de saludarnos —recuerdo que no había llegado aún don Emilio—, me dirigió una mirada de furtiva complicidad; recordaría, sin duda, que nos habíamos conocido en su despacho, el 19 de mayo de 1956, en circunstancias nada comunes, que quizá merezcan ser recordadas algún día. Al despedirse, en tono divertido, comentó: «Aunque se les haya atacado siempre en Santander, como a liberales y masones, la verdad es que, después de haberles conocido, no me parecen ustedes nada peligrosos».

También pasó, fugazmente, por la tertulia un personaje no poco misterioso, cuyo verdadero nombre no llegué a conocer, aunque nos vimos todos los domingos, durante los meses que residió en Santander.

Eugenio Vegas Latapie, que vivía enclaustrado en casa de su padre, rodeado de libros, adoptó la costumbre de dar los domingos por la tarde un paseo hasta el final de la segunda playa, para volver también andando, y recalar después en el

bar *El Diluvio*, en la calle del General Mola, cuando era todavía del padre de Julio Maruri. Le acompañábamos siempre Manuel Martínez Gómez, José Antonio Pino y yo; muchas veces, también Nicolás de Ceano-Vivas. Durante su imprevisa y larga estancia en Santander, no faltó un solo domingo *Amado Granell*.

Eugenio le había conocido en Estoril, a donde llegó en 1946, en compañía del marqués de Carvajal, como *enviado* *oficioso* de Largo Caballero, de quien era secretario, para ofrecer el apoyo de los socialistas al conde de Barcelona. Transcurrido algún tiempo, cuando ya Vegas Latapie se había retirado de la vida política, le sorprendió su aparición en Santander. La cosa no fue demasiado fortuita. Al preguntar el conde de Barcelona a Fernando María Pereda si podría facilitarle a Granell algún medio para regresar a España, Pereda le colocó en una de sus empresas. Llegó con el mismo nombre supuesto que figuraba en un pasaporte expedido por el Gobierno de Franoia, como oficial honorario de su Ejército. Durante la segunda guerra mundial, había formado parte de la División Leclerc, y hasta tuvo el honor de colocar la bandera francesa en el Ayuntamiento de París, al ser ocupado por las fuerzas de liberación.

Era hombre taciturno e introvertido, que no se confiaba a nadie fácilmente. Por eso, me sorprendió verle aparecer una tarde en el Hotel Bahía, acompañado de Tomás Carrillo. Habían llegado a tener muy buena amistad, después de conocerse en el *Bar Trasmiera*, de la plaza del Cuadro, donde almorzaban todos los días. Me consta que incluso le hizo a Carrillo muchas más confidencias de las que yo le oí en nuestros paseos dominicales. Las pocas veces que conmigo se

sinceró, fue en algunas de las ocasiones en que estuvimos los dos a solas con Eugenio Vegas. Pero aun con éste no dejó de tener inexplicables secretos.

Un sábado, le avisó por teléfono, para advertirle que no podría verle el domingo. Le explicó al día siguiente que había sido localizado por unos antiguos amigos de Bilbao, y que no pudo impedir que acudieran a verle. No le gustó nada que se le *descubriese* en Santander, donde se encontraba muy tranquilo y a salvo de indiscreciones. A partir de entonces, no volvimos a tener noticia alguna suya. Nunca supimos la ciudad en que se hubiese refugiado.

En la tertulia, se mantuvo muy reservado, como era en él habitual, aun cuando pudo advertir que no se desconocía su personalidad. Carrillo había hablado bastante de él, cuando supo que yo también conocía a su misterioso amigo del *Trasmiera*.

Resultaría demasiado extensa la relación completa de tertulianos transeúntes. Baste citar algunos: Gerardo Diego, José María de Cossío, Regino Sainz de la Maza, Eduardo Vicente, Antonio Espina, Enrique Lafuente Ferrari, Francisco Ynduráin, Cristino Mallo, Victorio Macho, Paco Galicia, Santiago Ontañón, Narciso Yepes, Paco Vighi, Gregorio Marañón...

De las dos veces que el doctor Marañón asistió a la tertulia, coincidí con él una sola, a mediados de agosto de 1955. También se encontraba allí don Emilio. Pero, aunque buenos y antiguos amigos, no era él, precisamente, el vínculo principal de enlace de la tertulia con don Gregorio, sino Bernardino Cordero. Había sido uno de sus más aventajados discípulos, y luego colaborador suyo, cuando terminó la carrera. Pero en 1921, al morir su hermano en Marruecos, decidió trasladarse

a Santander, para residir ya siempre con sus padres y, a la muerte de éstos, con la hermana. Era, además, uno de los más entusiastas *hijos de Santander* que puedan haber existido.

Conocía también el doctor Marañón, y apreciaba en grado sumo, al dermatólogo Ceferino Aguilera, de reconocido prestigio internacional. Aquella noche, no pareció simpatizar, en cambio, con otra de las grandes figuras médicas de la tertulia, Adolfo Peredo, que nunca reconoció en don Gregorio el paradigma de hombre científico que él concebía. Nada de extraño, en quien llegó a ser el más depurado ejemplo de escepticismo humano, en todos los órdenes del saber y de la vida, por lo que llegaría a merecer el remoquete de *maligno*, con que siempre le designaba don Luis de Hoyos.

Fue el doctor Marañón, por supuesto, quien llevó la voz cantante. De su aleccionadora conversación, recuerdo, sobre todo, un comentario incidental y un curioso e intencionado relato.

Como casualmente se refiriese al infierno, Ceferino Aguilera, brillándole tras de las gafas los maliciosos ojillos, le preguntó: «¿Pero usted cree en el infierno, don Gregorio?» A lo que éste se apresuró a responder, con una media sonrisa: «Desde luego... porque tiene que haber un lugar destinado a los malos sacerdotes».

No podía dejar de hablar el doctor Marañón de Menéndez Pelayo, al encontrarse en Santander. En la tertulia, aprovechó, además, la ocasión para referirnos un desconocido episodio, relacionado indirectamente con el sabio montañés.

A mediados de mayo de 1950, el rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y colega suyo en la Academia de la Historia, Ciriaco Pérez Bustamante, le había pedido

que pronunciase el discurso inaugural de las actividades docentes de aquel verano. Accedió gustoso don Gregorio, quien decidió aprovechar la oportunidad para replantear el espinoso tema de «El proceso del arzobispo Carranza». A los pocos días de haberle remitido el original del discurso a Pérez Bustamante, acudió éste a verle en su domicilio del paseo de la Castellana, a la hora habitual de la consulta. Acostumbraba el doctor Marañón intercalar entre las visitas de los enfermos algunas otras de índole distinta, quizá para descansar del trabajo profesional. Así me recibió a mí, en la biblioteca, dos de las tres veces que estuve en su casa.

Muy nervioso y preocupado, el rector santanderino, después de no pocos circunloquios, se atrevió a pedirle que modificase el texto del discurso, de forma que no discrepara de lo que acerca del mismo tema había sostenido don Marcelino, en su *Historia de los heterodoxos españoles*. Bien pudo haberle contestado el doctor Marañón lo que amablemente escribiría a Enrique Sánchez Reyes, en carta de 23 de agosto de 1958: «Cada día me siento más prendido de la obra del maestro aun cuando disienta, cada día más, de una de ellas, los *Heterodoxos*, que con su inmensa erudición y su inmenso talento, me parece que hicieron un mal a nuestro país, dando beligerancia universitaria a una actitud intolerante, muchas veces no justa, a la que ahora se han acogido tantas gentes, olvidando lo fundamental de la magna obra del maestro; que, además, en sus últimos tiempos, no estaba lejos de pensar esto mismo que yo digo».

En la ocasión referida, no se molestó don Gregorio en hacer ningún tipo de consideraciones. Casi no le dejó terminar a Pérez Bustamante. Se puso en pie, pulsó un timbre y,

cuando acudió el criado, le pidió que acompañara al visitante hasta la puerta de salida. En la tertulia, comentó: «No lo hice yo mismo, para no verme tentado a echarle escaleras abajo». Antes de que finalizara el año 1950, aparecería el texto del discurso frustrado, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*.

Mucho más fugaz, pero muy significativa también, fue la presencia de don José María Gil Robles en la tertulia del Hotel Bahía. El doctor Díaz Caneja le había conocido en Santander, el 6 de abril de 1932, con motivo de una velada necrológica en homenaje al marqués de Valdecilla, en la que intervinieron Enrique Suñer, Manuel Usandizaga y el propio Gil Robles, en cuyo partido militaría pronto don Emilio.

Bien puede considerarse aquel nuevo enclave ideológico suyo como obligada consecuencia de sus anteriores aproximaciones a la política. En 1913, se había incorporado a la corriente de *jóvenes mauristas*, impulsada por Angel Ossorio y Gallardo para contrarrestar un supuesto veto del monarca y hacer frente, en la calle, a la campaña del famoso «¡Maura, no!», que aglutinó a todos los partidos de la izquierda. Enardecido por un entusiasmo sincero, el joven Díaz Caneja se desplazó entonces a varias ciudades, siguiendo al gran orador que se había convertido en portavoz del *maurismo*, con el que mantendría una estrecha amistad hasta 1936. Fue aquella la primera y más firme decisión política por él adoptada. Con el recuerdo de haberle oído hablar a don Luis de Hoyos de un viejo amigo afiliado al maurismo, aunque «sin saber por qué», don Emilio gustaba autodefinirse en estos precisos términos: «Yo, que fui maurista... y sabía muy bien por qué...»

En relación con los ideales que habrían de inspirarle siempre, quizá no resulte ocioso recordar que la fundamental preocupación de Maura, más que política, fue de moralidad pública; es decir, la misma norma ética orientadora de la vida de don Emilio.

Entre las diversas actitudes adoptadas por los hermanos Díaz Caneja, en cierto modo, como reacción frente a la férrea y autoritaria disciplina a que les sometió su padre, destacaba en don Emilio la entrega desinteresada al trabajo, muy alejado de la bohemia disparatada de Faustino, algo más próximo al templado volterianismo de Juan e identificado con el espíritu de sacrificio del jesuita Francisco, muerto y enterrado en Comillas. Es muy posible, además, que el recuerdo de aquel hermano predilecto le hiciera sentir muy cercano también el de la madre, cuya influencia sobre él debió de ser mucho más decisiva que la del padre, como suele ocurrir en la vida de tantos grandes hombres.

Tras el fracaso de las primeras ilusiones políticas, siguiendo el ejemplo de su hermano Juan, con quien estuvo siempre don Emilio muy identificado intelectualmente, aun siendo quince años menor que él, mostró vagas afinidades con el Partido Social Popular, promovido a finales de 1922 por Ossorio y Gallardo, como una reunión de «hombres de buena voluntad», dispuestos a acabar con la hegemonía de los partidos históricos de la Restauración. El pronunciamiento del general Primo de Rivera, en setiembre de 1923, agostaría en flor tan altruista impulso ciudadano. Sin ninguna declaración expresa, quedó virtualmente disuelto, al iniciarse el año 1924.

De ahí, la oposición a la Dictadura —más o menos declarada— de muchos de aquellos *hombres de buena voluntad*;

entre ellos, los hermanos Díaz Caneja. De manera muy especial Juan, por la gran amistad que le unía al líder regionalista Francisco de Asís Cambó, con quien habría de colaborar, más tarde, en el propósito fallido de buscar una solución constitucional, de signo centrista, que evitase el derrumbamiento de la Monarquía. Mientras tanto, Juan Díaz Caneja ocuparía los gobiernos civiles de Santander y Zaragoza.

También don Emilio mantuvo una discreta actitud de oposición a la Dictadura. Creo que es bien significativa, a este respecto, su amistosa relación con don Miguel de Unamuno. Cuando más enconado era el enfrentamiento de éste con el dictador y hasta con Alfonso XIII, después de haber viajado el doctor Díaz Caneja a Hendaya, para compartir unas horas de su destierro con don Miguel, recibe un desahogo epistolar suyo, que difícilmente hubiera podido dirigirse a quien no se considerase, de antemano, propicio a recibirlo. El 30 de diciembre de 1928, Unamuno le escribía así, desde Hendaya: «Mi hijo Fernando me dice que desea usted releer mi obra dramática «La Venda» y en todo caso que le dé cierto bosquejo de ella. No se la puedo procurar pues mi archivo está en Salamanca y aquí apenas tengo nada mío sino que aguardo, lo más escotero que puedo, a que se consuma la hedionda agonía de esa pornocracia que devora, envilece, saquea y entontece a España...»

Después de proclamada la República, las graves alteraciones sociales que muy pronto la conmovieron, decidirían aún más al doctor Díaz Caneja a consagrarse al agobiador trabajo de la doble consulta diaria, con el sometimiento a la misma exigencia moral de los años juveniles, que más adelante fundamentaría en el ideario cristiano que terminó por aplicar a

su vida cotidiana. Lo que en absoluto quiere decir que pudiera nunca ser calificado, *profesionalmente*, de católico, y mucho menos con las connotaciones que el término habría de arrastrar, a partir de aquellos años.

Desde un punto de vista político —siempre muy tangencial en la vida de don Emilio—, la fidelidad a su permanente puritanismo conservador le llevará a incorporarse a la CEDA, lo mismo que otras muchas personas procedentes, también, del maurismo y del Partido Social Popular. No en vano habían militado en él figuras tan destacadas como Luis Lucia, Manuel Giménez Fernández, Federico Salmón o José María Gil Robles, con quien habría de conversar ampliamente don Emilio, en la mañana del 25 de agosto de 1935.

Era entonces Gil Robles ministro de la Guerra. En el viaje de propaganda política que hizo aquel día a Santander, le acompañaría su mujer —Carmen Gil Delgado—, una de cuyas hermanas —Paz— prestaba sus servicios, como religiosa, en la Casa de Salud Valdecilla. Se propusieron pasar juntas el día las dos hermanas, mientras Gil Robles, después de saludar a su cuñada, acudía al acto político por la mañana, a un almuerzo al mediodía en el Casino del Sardinero y a la inauguración de la Casa-Museo de Menéndez Pelayo, por la tarde.

Al enterarse de ello, la marquesa de Pelayo dio la orden terminante de que no se le permitiese a un ministro de la República el acceso a la Casa. Se apresuró, entonces, don Emilio a poner su vivienda a disposición de Gil Robles. Pero éste le recordó que en el pabellón militar, como es natural, nadie podría impedirle la entrada. El problema, sin embargo, lo resolvió Sor Carmen Bastos, al ofrecer al ministro el pabellón que ocupaba la comunidad de religiosas. Fue allí donde

Gil Robles y el director de la Casa de Salud Valdecilla mantuvieron un detenido cambio de impresiones.

Se trasladaron después los dos, por separado, al mitin político. Aunque se celebró al mismo tiempo en cuatro locales, la concentración principal tuvo lugar en el Teatro Pereda, al que don Emilio acudió, después de haber recogido en la Universidad Internacional de La Magdalena a la mujer de Pedro Salinas, que tenía especial interés en escuchar al jefe de la CEDA.

No sería aquella la última ocasión en que se vieron. En 1954, un año después de haber regresado Gil Robles de su largo exilio en Portugal, conversó de nuevo con el doctor Díaz Caneja, en el comedor del Hotel Conde Ansúrez, de Valladolid, donde los dos se alojaban. Volverían incluso a encontrarse una vez más en Santander, en el verano de 1964, a los pocos meses de haber cumplido Gil Robles la sanción de un segundo exilio. En el salón del Hotel Bahía, donde se hallaban reunidos los habituales contertulios, habló con ellos unos minutos, después de ser presentados por Eduardo Pérez del Molino, que acompañaba a Gil Robles. Yo no estaba aquel día en Santander.

Cuando Bernardino Cordero y Ceferino Aguilera me refirieron, más tarde, el encuentro, aún se hallaban sorprendidos por la frialdad con que Gil Robles había saludado a don Emilio. No dudaban que ello fue debido a que alguien pudo haberle informado de los duros comentarios del doctor Díaz Caneja sobre el *contubernio* de Munich —protagonizado a primeros de junio de 1962 por Salvador de Madariaga y Gil Robles—, como reflejo de su exaltado franquismo. ¿Era esto cierto, realmente?

Lo mismo que casi todos los españoles, carecía don Emilio de una vinculación ideológica efectiva con el *franquismo*; pero tampoco el franquismo se sustentaba en ideología concreta alguna, independientemente del apoyo que fueron pres-tándole diversas *familias* políticas: viejos y nuevos falangistas, monárquicos alfonsinos, tradicionalistas, propagandistas católicos, tecnócratas del *Opus Dei*... y hasta algún que otro republicano liberal repescado. El doctor Díaz Caneja veía en el general Franco, sobre todo, al hombre que había puesto fin a un largo proceso de desintegración social y política, y que garantizaba el orden público, lo mismo que, durante la Segunda Guerra Mundial, había preservado, al fin y al cabo, la neutralidad española.

Para matizar, en sus debidos términos, tales estimaciones valorativas, resulta muy reveladora la apostilla de don Emilio a un remoto episodio histórico, en relación con la Casa de Salud Valdecilla, del que informaría al doctor Marañón, en el tantas veces citado informe confidencial.

Cuando los soldados del general Franco luchaban por la reconquista de la ciudad de Teruel, a comienzos del año 1938, en una de las reuniones del Patronato de la Casa, que iniciaba por entonces sus deliberaciones «con un Avemaría a los ángeles, y poco faltó para que se añadiese un Padrenuestro a San Eugenio d'Ors», el marqués consorte de Valdecilla y Pelayo —Eugenio Rodríguez Pascual— notificó el deseo de la marquesa de «ofrecer la Casa a los militares», mediante un telegrama personal al generalísimo.

La indignación que produjo a la ilustre dama el que ni siquiera se le contestase, quedaría reflejada más tarde, al negar el uso de un chalet, por ella alquilado, al propio

general Franco. Fue con ocasión de la primera visita de éste a Santander, como jefe de Estado, el 10 de setiembre de 1941. El alcalde, Emilio Pino, buen amigo de la marquesa, le pidió que cediera un par de días *Villa Piquío*, donde aquel año veraneaba: «Al caudillo le gustaría mucho poder alojarse en esta villa, durante su estancia en Santander». La marquesa, impávida, le contestó: «También a mí me gusta mucho vivir aquí, y como soy la inquilina del chalet, puedes llevar a Franco donde mejor te parezca». Se le procuró alojamiento en *Quinta María*, residencia de Luis Ocharan Aburto, en el paseo de Pérez Galdós, muy especialmente acondicionada por María González Camino. La primera de las dos noches que allí pasó el general Franco, en la sobremesa de la cena, el alcalde sacó a relucir el nombre de la marquesa de Pelayo, para exaltar su gran generosidad. El mutismo del jefe del Estado sólo fue roto, para cortar las reiteradas ponderaciones: «Sí, es tan generosa como burra».

Tres años antes, además de haberle regalado al generalísimo un soberbio coche blindado, ya hemos visto que pensó la marquesa entregar a su ejército la Casa de Salud. Al margen de que el propósito significase, para el doctor Díaz Caneja, «el olvido absoluto del Estatuto, el abandono de la voluntad del marqués [de Valdecilla]», la decisión adoptada por la sobrina le permitiría formular el siguiente comentario, imprevisto, sobre todo, en un antiguo comandante médico asimilado: «Yo tengo para el ejército, después de nuestra campaña, la misma simpatía que sin duda profesa el actual Rector de la Columbia [University, el general Eisenhower], y le confieso a usted —dirigiéndose al doctor Marañón— que eso de *los militares y los nacionales* me produce la misma impresión

que un golpe en el plexo solar, es decir: lo creo un *golpe bajo* para quien haya sufrido la tiranía roja».

Con aquel modo de pensar, unido al talante rigurosamente liberal de don Emilio, no es imaginable que hubiera podido producirse el menor enfrentamiento ni roce con sus amigos del Hotel Bahía, algunos de los cuales, como los monárquicos Maruri, Ceano-Vivas y yo mismo, manteníamos —y él no lo ignoraba— una actitud de oposición beligerante contra el franquismo. A pesar de todo, ¿a qué se debió el que llegara a acoplarse tan bien dentro de la tertulia?

El único colaborador suyo, entre nosotros, era Tomás Carrillo; las personas a quienes había tratado antes con alguna intimidad, Cordero y Aguilera. Pero muy pronto comenzó a sentirse vinculado a todos, aunque sin ocultar ciertas preferencias amistosas. De carácter intelectual, por ejemplo, hacia Adolfo Peredo, en quien reconoció siempre cultura y talento excepcionales, junto a un acerado ingenio cáustico, al que tantas veces se opuso, en contrapunto, la refinada ironía del doctor Díaz Caneja. Admiraba en él, también, su dominio de la lengua alemana. La había perfeccionado en Viena, durante los varios años en que allí practicó su especialidad en dermatología. Para valorar bien esa admiración, bastará conocer la respuesta dada por don Emilio a uno de sus nietos, al preguntarle si era difícil el alemán: «No; la única dificultad son los primeros cuarenta años». Perfecto conocedor, en cambio, de los más recónditos secretos del francés, le gustaba mantener, acerca de ellos, alguna que otra divertida sesión de esgrima dialéctica con Ceano-Vivas. Don Emilio, respaldado siempre en el monumental y, entonces, casi inaccesible *Diccionario* de Émile Littré, verdadero libro de cabecera suyo.

Por encima de todo, hay que tener en cuenta que el doctor Díaz Caneja, sin la tertulia, no habría conseguido aproximarse a la vida santanderina. Se mantuvo siempre bastante al margen de la ciudad; una ciudad a la que, sin embargo, adoraba.

Hasta bien pasados los cincuenta años, se bañaba todos los días, en la segunda playa; durante los veranos, continuó haciéndolo hasta casi el final de su vida. Solía llegar al Sardinero, hacia las dos de la tarde, al cesar el trabajo en el consultorio, iniciado a las nueve. Se tumbaba sobre la arena, lejos de la gente, para reposar a solas una media hora; luego, se lanzaba, con los nietos, al agua. Tras almorzar en casa, rápidamente, y hacer una breve siesta, volvía alrededor de las cuatro a la Casa de Salud Valdecilla, donde reanudaba el trabajo en la consulta privada. Al concluir, ya anochecido, se quedaba de nuevo a solas en el despacho, para escuchar las noticias de Radio París, antes de marchar al Hotel Bahía, después de las ocho y media, siempre con su fiel taxista Alfredo Castillo.

Sin apenas alterar nunca tan riguroso y metódico ritmo de vida, pasaba prácticamente todas las horas del día, incluso los de fiesta, en la consulta o en su despacho de la Casa de Salud Valdecilla, recluso en el más selecto medio cultural: buena música, excelentes libros...

En música, prefería los autores consagrados: Mozart, Brahms, Bach... De su pasión por Beethoven tuvimos ocasión de participar algunos de los amigos de la tertulia, en un acontecimiento inolvidable: la serie de conciertos en que la Orquesta Nacional de España, dirigida por Ataúlfo Argenta, interpretó las nueve Sinfonías, del 1 al 9 de agosto de 1953.

Fue, sin duda, uno de los momentos estelares en toda la historia del Festival Internacional de Santander.

Pero nosotros no asistimos a los conciertos en el incómodo recinto de la Plaza Porticada, sino sentados en el despacho del director de la Caja de Ahorros y contertulio nuestro, Nicolás de Ceano-Vivas. El balcón de aquel despacho, en el primer piso del edificio, se alzaba sobre el centro mismo del improvisado escenario. Con las persianas de madera cerradas, las puertas de cristal abiertas y a oscuras, fuimos oyentes privilegiados de unos conciertos, que difícilmente podrán volver a repetirse.

Por el modo de oír la música, y también por sus comentarios, pudimos comprobar entonces que el doctor Díaz Caneja, además de melómano apasionado, era un gran conocedor, sobre todo, de la música clásica. Se mostró, por el contrario, algo reticente con la ordenación de los programas. No acertaba a comprender que en un ciclo dedicado a Beethoven, las Sinfonías figurasen, por lo general, en la primera parte de los conciertos, para concluir con algunas variadas piezas, sin que en ocasiones faltaran los fragmentos de zarzuela. El día 7, por ejemplo, después de habernos deleitado con la Séptima Sinfonía, no le parecieron muy adecuados los alegres y ruidosos compases de *La boda de Luis Alonso*.

Llegué a pensar que su reacción contra la zarzuela española pudiera deberse al depurado elitismo que le caracterizaba. Si las palabras se recogieran en su justa acepción y valor exacto, no dudaría en calificar de *aristócrata* a don Emilio. Pero siempre que en tal concepto se conjugaran el sentido del honor, la independencia de criterio, el desdén por el afán de lucro y un arraigado sentimiento de protección a las capas más débiles de la sociedad.

En esto, como en otras muchas cosas, el doctor Díaz Caneja recordaba a los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, aunque no hubiese tenido contacto personal con ella. Hasta sus comportamientos humanos eran muy semejantes. Hablaba con voz pausada y en un tono más bien bajo, no fumaba, evitaba cualquier palabra malsonante... e incluso el color preferido en sus trajes era el gris. Pero el esquema institucionista fallaba en su afición a las corridas de toros, dentro quizá del aprecio por las manifestaciones castizas colectivas, signo también de aristocracia. De ello tenemos irrefutable constancia histórica, referida a la sangre derramada sobre la arena por una figura descollante del toreo. También yo fui testigo, cuando aún no conocía al doctor Díaz Caneja.

Ocurrió la tragedia, en la plaza de Santander, el 25 de julio de 1943. Con toros de la ganadería malagueña de José Escobar, el cartel de aquella tarde lo formaban *El Estudiante*, Pepe Luis Vázquez y *Morenito de Talavera*. En la suerte de varas del segundo toro, quedó trunca la corrida. Yo estaba en segunda o tercera fila del tendido número 1, y pude ver muy bien como Pepe Luis caía de espaldas al sacar del caballo al toro, que le tiró un derrote al pasar, desgarrándole la mitad izquierda de la nariz. Todos creímos que la cornada le había vaciado el ojo.

Dada la índole de la cogida, don Emilio se apresuró a ir a la enfermería, casi al mismo tiempo que Luis Ruiz Zorrilla, especialista en otorrinolaringología. Ambos asistieron a la primera y laboriosa cura, terminada la cual fue conducido el diestro al sanatorio *La Alfonsina*. A Sevilla no se le pudo trasladar hasta el día 31. Antes de emprender viaje, acudió Pepe Luis a la consulta del doctor Díaz Caneja, para que le

examinara el ojo afectado por la cornada. Años más tarde, le oí comentar su asombro ante la rapidez de la curación; hasta el saco lagrimal, muy gravemente afectado, funcionaba ya casi con normalidad.

Creo que, en sus aficiones taurinas, también era clásico don Emilio. Lo mismo que en el terreno de las artes plásticas, hacia las cuales no parecía sentir una especial atracción. Al margen de que gustara de los grandes maestros universales, o de estar al tanto de las nuevas tendencias estéticas, ante cualquier cuadro manifestaba, sobre todo, un interés muy singular, de tipo casi profesional, por los problemas espaciales y de perspectiva. A través de esa preocupación llegaría a conocer y tratar, por ejemplo, a Pancho Cossío.

En la tarde del sábado 14 de julio de 1962, según su costumbre, visitó la sala *Sur*, donde exponía desde el día 9 Cossío, muy poco después de haber sido galardonado con la Medalla de Honor en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Como le intrigara el misterio de las pinceladas blancas superpuestas en los lienzos a las composiciones, Manuel Arce, que le acompañaba, prefirió que se lo desvelase el propio pintor, a quien no conocía. Subió trabajosamente Pancho, desde la librería, y, con toda amabilidad, le explicó que su intención era dar, con aquellas pinceladas, profundidad a los cuadros. Observándole fijamente, el doctor Díaz Caneja le pidió que le dejara examinar sus gafas; advirtió, en el acto, que un defecto de visión le impedía apreciar el volumen de los objetos.

Más tarde, Cossío estaría en tratamiento con don Emilio, quien tuvo así oportunidad de hablar con él varias veces. Recuerdo haberle oído comentar que, al regreso de un viaje a Londres, se permitió la libertad de insinuarle a Pancho la

posible influencia de Turner sobre su pintura. Un tanto molesto por la alusión, le replicó, en tono displicente, que desconocía la obra del artista británico. Según pensó don Emilio, la evasiva respuesta no se ajustaba a la realidad. Ni siquiera respondía a su verdadero modo de pensar. Me consta que, en el fondo, le halagaba esa relación que siempre se estableció entre los dos pintores *norteños*, aunque de manera incierta y vaga.

Pancho Cossío había visitado Londres, y por supuesto la *Tate Gallery*, cuando participó en la muestra colectiva celebrada, en octubre de 1956, bajo el título de *Some 20th Century Spanish Paintings*. Y lo curioso es que en un artículo sobre la exposición, publicado por el crítico Hittet en la revista londinense *The Studio*, se detectara ya en el pintor montañés la influencia de Turner, cuya obra no había conocido hasta entonces. Pero, al margen de aquel momentaneo enfado por la *indiscreción* de don Emilio, al plantear el vidrioso tema de influencias y semejanzas, Cossío llegó a sentir por él verdadero aprecio. Hasta el punto de que le regaló uno de los pocos cuadros que el doctor Díaz Caneja poseía.

Su verdadera pasión fue, sin duda alguna, la lectura. En unos tiempos en que España vivía en una especie de enclaustramiento cultural, estaba al corriente de cuanto se publicaba en Europa. Y no sólo a través de la suscripción al diario *Le Figaro*, con sus extraordinarios suplementos literarios, sino también por el acuerdo con un librero de París, quien le enviaba, mensualmente, los diez o doce volúmenes que consideraba más importantes. Sin que entre ellos faltara, casi nunca, alguna novela de Simenon, lo mismo de la serie psicológica que policiaca, en contraste con las preferencias de Ceferino

Aguilera y Tomás Carrillo, lectores apasionados, únicamente, de las novelas protagonizadas por el comisario Maigret.

Después, en la tertulia, además de comentar los libros que más le hubiesen interesado —de manera especial, con Ricardo Gullón, también muy al tanto de las novedades literarias en París—, solía prestarnos algunos de ellos. Por razones que no sabría ahora discernir, mantengo muy vivo el recuerdo de tres obras, cuya lectura, por motivos distintos, me cautivó: *Port-Royal*, de Henry de Montherlant, el *Epistolario* de Paul Claudel y André Gide —curioso enfrentamiento de dos personalidades tan opuestas, en el que humanamente resulta vencedor Gide— y la versión francesa del escalofriante *Diario* de la niña judía Anne Frank, puesto ahora en entredicho. No creo aventurado afirmar que fue este uno de los libros que don Emilio leyó más de una vez.

Sin apartarse de aquel ámbito de sus aficiones, como única evasión del trabajo absorbente que llenaba su vida, los sábados por la tarde, en que no tenía consulta, acostumbraba don Emilio dar un largo paseo, del brazo de alguna de sus hijas —Maruja, Maite...—, durante el cual visitaba librerías y galerías de arte, sin faltar nunca a la sala *Sur*, donde charlaba un buen rato con Manuel Arce. Terminaba luego reuniéndose con los nietos, entre las ocho y media y las nueve, en su despacho de la Casa de Salud Valdecilla. Era, más o menos, la hora en que solía llegar los días de trabajo al Hotel Bahía, realmente, agotado.

Apenas comenzaba a subir la escalera, el encargado del bar —Fernando— le preparaba la primera consumición; generalmente, un *bock* de cerveza negra, que bebía con avidez, casi de un sorbo, para permanecer después como aislado unos

breves instantes, siempre en el mismo sillón de orejas que se le reservaba. Procurábamos los demás no darnos casi por enterados de su llegada, prosiguiendo con naturalidad nuestra charla. Pero, al incorporarse en seguida a la conversación general, nos demostraba que la había seguido con todo detalle, aunque se tratara de cuestiones intrascendentes de la vida local, de cuyas peripecias y vicisitudes llegó a interesarse a través de los comentarios de sus contertulios.

La mayoría de ellos eran médicos. Pero, desde un principio, don Emilio había contribuido, de manera decisiva, a imponer el criterio de que no se hablase de medicina, lo mismo que en su tertulia vallisoletana de la *Cafetería Terra*. Y fue, sin embargo, él quien infringió aquel acuerdo tácito, que yo recuerde, en dos ocasiones, si bien de manera tangencial.

Al morir Concha Espina, en la primavera de 1955, aludió, de un modo muy discreto, a la consulta que con él había mantenido, pocos días antes del alzamiento militar, cuando aún percibía la novelista «luces, volúmenes y sombras». Ante el vehemente deseo de los familiares que la acompañaban de que hiciera cuanto estuviese en sus manos para conservar, al menos, aquellos últimos destellos de una vista que comenzaba a extinguirse, don Emilio no recató su pesimismo. Para justificarlo, se permitió decir: «Si fuera otra persona cualquiera, a pesar del riesgo, quizá me atreviese a operarla. Pero, en este caso, no quiero cargar con la responsabilidad de que se me pueda decir que he dejado ciega a Concha Espina».

No mucho antes de terminar la guerra, la novelista se trasladaría desde San Sebastián a la recién conquistada Barcelona, con su hermana Mercedes, por indisposición de su hija Josefina, con la que vivía. Tras un detenido examen por el doctor

Barraquer, quedó decidida la intervención quirúrgica. Para ello, volverá a la ciudad condal, a primeros de julio de 1939, acompañada de su hijo Luis y de su nuera Gabriela —*Gaby*— Maurer. Vivió allí muchas horas de amargo sufrimiento; pero con la ilusionada esperanza de que llegó a hacerse eco la prensa. Aun así, en la carta que desde la misma clínica del doctor Barraquer dictó a su nuera para Josefina, el 12 de agosto, no dejaba de aparecer la duda, en medio del relativo optimismo: «... sigo mejorando, aunque muy lentamente; todavía veo muy poco y sigo un tratamiento muy riguroso [...] Ya supondreis cuánto he sufrido en un mes de encierro, con un calor enorme y llena de molestias. Además, con muchísimo miedo de algo irreparable...»

Al regresar, una semana más tarde, a la capital donostiarra, aún persistían los síntomas de recuperación de la vista. Pero no tardaría en llegar el desencanto. Cuando, al cabo de un mes, volvió Concha Espina a Madrid, para instalarse en la nueva casa de la calle de Alfonso XII, no lograba ya dominar la angustia de saber que había quedado completamente ciega.

En otra ocasión, el comentario sobre un episódico tema profesional revistió caracteres muy singulares. Los periódicos locales informaron del repentino fallecimiento, frente al Gran Cinema, de una persona que marchaba en taxi hacia Cuatro Caminos. Según nos contó don Emilio, el interfecto, acompañado de su mujer, se dirigía a la Casa de Salud Valdecilla, donde él estaba esperando, para intervenirle quirúrgicamente. Lo ocurrido le sugirió un razonamiento muy expresivo: «Si el infarto se hubiese producido media hora más tarde, la muerte habría sido atribuida, sin la menor duda, a algún fallo

en la operación». A su juicio, pudieran ser bastantes los desenlaces fatales ocurridos en un quirófano, a causa de algún factor emocional ajeno a la intervención misma.

En las conversaciones de la tertulia, acerca de los más variados temas de política nacional e internacional o de problemas locales, se procuró evitar siempre el más ligero cotilleo; pero también la infatuada exhibición de conocimientos relacionados con la especialidad propia de cada uno. De ahí que nunca le oyéramos, por ejemplo, a José Luis Maruri hablar de Napoleón, aun cuando fuese uno de los españoles que sabía más acerca del personaje. La *Académie Napoléon* le distinguió, por ello, con la designación de miembro asociado, en enero de 1951, casi a la vez que al profesor Jesús Pabón.

Sin escamotear nunca tales *requisitos* o *exigencias*, cuando intervenía don Emilio en la conversación, se elevaba, desde luego, su nivel. Era también raro que no hiciese gala de un gran sentido del humor, difícilmente imaginable para quienes no le trataban.

Recuerdo, a este respecto, el relato que nos hizo al volver de un Congreso científico celebrado en París. Por lo visto, en charla de sobremesa, fue comentado, con asombro, el hecho de que don Emilio se mantuviese fiel al matrimonio, cuando era el divorcio moneda corriente entre los congresistas. Como se le preguntara si él nunca había pensado divorciarse, le bastó una sola palabra para dar la respuesta adecuada: «¡Jamás!» Y al insistir sus colegas en que les resultaba incomprensible que nunca hubiera tenido problemas que podrían haber desembocado en la ruptura del matrimonio, se limitó a apostillar, supongo que sonriendo: «Bueno, eso es diferente. ¿Quién es el que no ha tenido problemas a lo largo de toda una vida

matrimonial? Lo que ocurre es que esos problemas nunca me han incitado a buscar la solución en el divorcio... En lo que he pensado, más de una vez, ha sido en el asesinato...»

En otra ocasión, la anécdota, relatada a la vuelta de un Congreso en Lisboa, pareció dedicársela, especialmente, a Francisco Santamatilde. No hacía mucho que le había conocido don Emilio, poco antes de que estuviera conmigo en su despacho de la Casa de Salud Valdecilla, para hacerle una soberbia colección de retratos. Según nos dijo, aunque dirigiendo la mirada hacia Santamatilde, cuando terminó el Congreso, los participantes fueron conducidos hasta la gran escalinata de acceso al edificio en que se encontraban. Les esperaba allí un fotógrafo, que, después de agruparlos a su antojo, les pidió que se preparasen, con estas palabras: «Por favor, señores, no se muevan ... y pongan cara de inteligentes». Tras el disparo de la placa, les advirtió, con la más delicada cortesía: «Ya pueden ustedes ponerse normales».

A veces, aquel peculiar sentido del humor, tan pudorosamente recatado ante gentes extrañas, debido quizá a su timidez, le llevaba a adoptar actitudes en apariencia incongruentes. Por ejemplo, el obsesivo rechazo de Amós de Escalante como gran figura literaria. Le consideraba un verdadero «pelmazo», lo mismo que otras muchas personas que no se atrevían ni aún se atreven a confesarlo. Habiéndose suscrito a la continuación de la *Biblioteca de Autores Españoles*, emprendida después de la guerra civil por Ediciones Atlas, al recibir en 1956 los dos volúmenes de las obras escogidas de Escalante, le faltó tiempo para devolverlos, dándose, además, de baja como suscriptor.

En contrapartida irónica, ponderaba sin límites al inefable Marcos Linazasoro, y juzgaba «genial» su *Panteón conmemo-*

rativo de la catástrofe del vapor *Machichaco*, el 3 de noviembre de 1893. Para demostrarlo, solía recitar de memoria algunas de las más disparatadas décimas. Una de sus preferidas era la misma que al poeta José Luis Hidalgo, en trances de eufórica embriaguez, le gustaba declamar con altisonancia:

*Si esta losa se levanta
surgirán nueve bomberos
demandando justicieros
cuenta de desdicha tanta.
Saldrán Gerardo Lasanta,
Sarabia, Berno y Ortiz,
el capataz Pedro Ruiz,
Sánchez, Venero y Tejera,
con Gómez, hoja postrera
de ramo tan infeliz.*

Cuando Jesús Gómez Collantes consiguió uno de los rarísimos ejemplares de la lámina del *Panteón*, litografiada en Santander por Beci Cifrián, la tertulia se la regaló, enmarcada, a don Emilio, quien se apresuró a colocarla, según nos dijo, sobre la cabecera de la cama.

De signo y alcance bien distintos, aunque también algo obsesivas, eran sus manifestaciones de anglofobia, que debieran quizá ser matizadas, para una más certera comprensión.

Nadie podría poner en duda que don Emilio era, espiritualmente, un auténtico *afrancesado*. Y no tanto por sus arraigadas vivencias humanas y culturales, sino porque estimaba a Francia como ejemplo, muy próximo para nosotros, de un mejor sistema político y de una ordenación social más justa; además, porque sabía que la ciencia y el trabajo tienen

allí un reconocimiento mayor que entre nosotros. En función de todo ello, no dudaba en considerarla como el faro de la cultura europea, tras el colapso de la Alemania de Weimar y la posterior aparición fulgurante del general De Gaulle.

Así, el radical europeísmo del doctor Díaz Caneja se cimentaba, sobre todo, en su ferviente *gaullismo*, aunque también, de rechazo, en un profundo sentimiento antibritánico. Sin olvidar su desprecio por el *american way of life*, que humorísticamente asociaba a la costumbre de mascar chicle, por él definida, alguna vez, como «la manera de lograr en el hombre la expresión de la vaca».

A pesar de los reiterados alardes, quizá no fueran demasiado excluyentes sus prejuicios antibritánicos. Pero la presión del contencioso bilateral con Gibraltar, el rechazo del mundo hispánico por los anglosajones y, aún más, el desprecio sentido hacia los *señoritos* españoles, deseosos de imitar hasta los malos modales ingleses, configuraban la anglofobia del doctor Díaz Caneja, que solía concretarse, curiosamente, en una clara hostilidad frente a la reina Victoria Eugenia.

Ante todo, por creer que había sido la causa de la desgracia familiar de la dinastía española. Nunca se dejó convencer por el argumento, que yo le opuse alguna vez, de que, cuando menos, tanta responsabilidad como a ella le correspondería a Alfonso XIII, puesto que, al casarse, no había vacilado en arrostrar el riesgo —bien conocido— de la hemofilia de que era portadora la princesa británica.

Acusaba también el doctor Díaz Caneja a doña Victoria de no haber sabido compenetrarse con la vida española, y menos todavía asimilar el rígido protocolo de la Corte, lo que él ejemplificaba en un supuesto enfrentamiento con la reina

madre, a la que sinceramente veneraba. Pero tampoco esto había sido cierto, y procuré demostrárselo, aduciendo incluso algún desconocido e inapreciable testimonio.

Cierto es que nunca dejó de ver doña Victoria a la reina María Cristina como una persona no sólo distante, sino «extraña». Pero merecedora, siempre, del más afectuoso respeto, según confidencia hecha en su residencia de Lausanne a Eugenio Vegas Latapie, preceptor a la sazón del príncipe don Juan Carlos.

Cuando se dirigían las dos en la misma carroza a la iglesia de los Jerónimos, en la mañana de la boda, la princesa, que daba la derecha a la reina madre, se sorprendió de que ésta impidiera, echando el cuerpo hacia adelante, que el pueblo pudiera verla desde la acera, a través de la ventanilla cerrada. Hasta después de ocurrido el atentado de Mateo Morral, en la calle Mayor, la nueva reina de España no descubriría el generoso impulso de la actitud de doña María Cristina. Lo que, en realidad, había procurado era preservarla, con su propio cuerpo, de la contingencia del atentado que se temía. Según le comentaría a Eugenio la reina exiliada, bastó aquel heroico gesto para que nunca dejara de sentir hacia ella el más admirativo de los afectos.

Al margen de tales precisiones históricas, otra serie muy distinta de consideraciones subjetivas gravitaría sobre uno de los episodios a que alude el oftalmólogo santanderino José Antonio Collado, en su reciente estudio sobre el doctor Díaz Caneja, aunque con un cierto desenfoque.

Según él mismo afirma, don Emilio era vocal del Patronato de la Universidad Internacional creada por el Gobierno de la República en el palacio incautado de La Magdalena.

Desde 1913, había sido el lugar predilecto de la reina Victoria Eugenia. Bien revelador es el comentario que le hizo a Vegas Latapie, en carta autógrafa escrita, en Lausanne, el 28 de octubre de 1950: «Me emociona que me escribas desde Santander, que yo tanto quiero y de donde tengo tantos recuerdos de veraneos deliciosos en mi querida Magdalena. Allí me sentía muy feliz y más independiente que en ninguna otra de nuestras residencias. No olvido lo simpático de los montañeses y el afecto con que siempre hemos sido recibidos en esa región».

La compenetración sentimental entre la reina y su palacio había sido ya reflejada por don Miguel de Unamuno, al escribir el 6 de agosto de 1934 un bello poema, titulado «En La Magdalena», al cual pertenecen estos versos:

*Desde aquí en su isla de Wight soñaba,
y en su niñez como la mar serena
el canto de las olas le brizaba
—anglicana sirena—
inocencia de paz en patria tierra
de principesco hogar...*

En la misma línea evocadora, Luis Rosales, muchos años más tarde, también identificaría a la reina Victoria Eugenia con la península santanderina, en el poema «Aún nos queda tu herencia»:

*Desde las playas de La Magdalena
contemplabas las playas de tu infancia;
pero abriendo camino hacia el futuro,
pues con tu ejemplo europeizaste España...*

Por aquella entrañable vinculación, sin duda, la reina exiliada solicitaría de las autoridades republicanas, en el otoño de 1933, el envío de algunos muebles y objetos decorativos del palacio de Santander. Necesitaba acondicionar el pequeño apartamento adquirido en Londres, con la inesperada herencia recibida de una acaudalada admiradora inglesa. La petición llegó a España, a través de la Embajada británica en Madrid.

El que en su tramitación interviniera el doctor Díaz Caneja, no se debió a sugerencia de doña Victoria, sino a encargo oficial del Gobierno español, por ser uno de los pocos vocales del Patronato de la Universidad Internacional que residían en Santander. Y por eso estuvo presente en la localización de los muebles y objetos, cuidadosamente descritos por doña Victoria, y autorizó después su recogida por los funcionarios de la Embajada británica desplazados a la capital montañesa.

Me parece aún estar oyéndole comentar en la tertulia, más de una vez, la desagradable impresión que le produjo el hecho de que la reina exiliada se hubiese preocupado en detallar por escrito, con todo pormenor, cuál era la cama del dormitorio matrimonial que ella utilizaba y la mesilla de noche correspondiente a la misma, para que fueran exactamente sus muebles, y no, por equivocación, los del marido los que se le enviasen.

Nunca creí yo, y así se lo dije a don Emilio, que se tratara de un gesto desdeñoso hacia Alfonso XIII, de quien estuvo siempre doña Victoria muy enamorada, no obstante haber vivido separados en el destierro, y cuya memoria, después de la reconciliación en Roma, pocos días antes de morir el rey, terminó convirtiendo en un verdadero culto. Frente a lo que

el doctor Díaz Caneja pensaba, su conducta pudo ser, simplemente, reflejo del prurito anglosajón de negarse a utilizar lo que no se reconoce como propio.

En ninguna de las varias ocasiones en que hablamos del tema, logré convencerle. No modificó en absoluto su criterio, y continuó manteniendo la misma firme actitud en nuestras conversaciones, reveladoras siempre, por otra parte, de la más sincera compenetración amistosa.

Y de tal manera llegó a sentirse vinculado con su amistad a todos nosotros, que ni siquiera dejaba de participar en las prolongaciones gastronómicas de la tertulia. De vez en cuando, nos reuníamos a comer, por la noche, en el restaurante *Asado de Castilla*, de la calle de San Fernando, o bien en *La Carmencita*, de Cuatro Caminos, en el renombrado *Sonderklass*, del paseo de Pereda, en el *Bar Trasmiera* o en *El Siglo XIX*, de la calle de Daoiz y Velarde esquina a Gómez Oreña. En alguna época, frecuentamos el *Restaurante Pomposo*, en Bezana, de donde era un tanto cacique Ceferino Aguilera. Incluso en varias ocasiones, se unió a la excursión que algunos domingos solíamos hacer Tomás Carrillo, Bernardino Cordero y yo, a la finca de Marcel Jaurey, en Galizano, donde escuchábamos música, mientras se tomaba el aperitivo, para ir después a almorzar al restaurante *Casa Enrique*, de Solares.

Durante los veranos, también nos acompañó en algunas de aquellas excursiones Angel Velarde, una de las figuras de más acusada personalidad que frecuentó la tertulia. Siento no haber conseguido mi reiterado empeño de que escribiese sus memorias. Fuimos, en cambio, depositarios del relato de acontecimientos decisivos en la política española contemporánea, de los que él fue, además de testigo de excepción, muchas veces

protagonista. Y no sólo durante sus difíciles etapas de mando, bajo la República, como gobernador general de Asturias y del País Vasco, sino también como hombre de consejo del general Mola, sobre quien llegó a ejercer indudable ascendiente.

Muy vivo conservo el recuerdo de la evocación que nos hizo de las horas dramáticas que se sucedieron en el cuartel general de Mola, al recibirse la noticia del bombardeo de Guernica, el 26 de abril de 1937. Se encontraba aquella noche entre nosotros Eugenio Vegas, y con tal fuerza debieron de quedársele grabadas las palabras de Velarde, que pudo luego reproducirlas, fielmente, en su extraordinario libro de memorias, titulado *Los caminos del desengaño*:

«Cuando [...] se enteró del bombardeo de Guernica, irrumpió en el despacho de Mola. Como le encontrase materialmente abrumado, se atrevió a preguntarle:

—¿Pero es que usted no lo sabía?

—Le aseguro que no tenía la menor noticia.

—¿Y por qué no desautoriza, públicamente, a los autores?

—Me es imposible —respondió desalentado el general.

Su única reacción posible fue ordenar a los requetés, en cuanto entraron en Guernica, que dieran guardia de honor al árbol tradicional del Señorío de Vizcaya».

Cierto es que no todas las horas vividas en la tertulia del Hotel Bahía alcanzaron la tensión dramática de aquella noche. Debo reconocer que, por lo general, se procuraba que las conversaciones discurrieran en un tono mucho más distendido, informal y hasta ocurrente. A ese propósito respondían las prolongaciones gastronómicas de que he hablado, y que fueron aspectos nada desdeñables en la historia de la tertulia.

Don Emilio, por su parte, nos reunía en su despacho de la Casa de Salud Valdecilla, algunos sábados por la noche, vestido con su immaculada bata blanca. Siempre fuimos obsequiados con la mayor esplendidez. No faltaban en su frigorífico los mejores *pâtes* y champañas, ni tampoco las marcas más exóticas de caviar. En modo alguno eran productos de la despensa de un *gourmand* sibarita, sino de un gran oftalmólogo, que cobraba a sus pacientes cantidades increíblemente irrisorias, muchas veces compensadas por ellos con delicadas muestras de agradecimiento...

En la evocación de tantas horas de gratísima convivencia, la extraordinaria personalidad del doctor Díaz Caneja se agiganta aún más. Era, ya lo he dicho, una figura de relieve y talla excepcionales, lo mismo científica que culturalmente; pero lo que en él destacaba, por encima de todo, era el ser humano.

La vida no deja de arrastrar contrariedades y sinsabores, aunque suele ofrecer, también, generosas compensaciones. Una de las más señaladas, para mí, es el haber podido gozar de la amistad y hasta creo que del afecto de un hombre, tan profundamente humano, como don Emilio Díaz Caneja.

INDICE ONOMASTICO

- Aguilera, Ceferino, 25, 26, 29,
30, 32, 33, 35, 38, 41, 47
50, 55, 66.
Aguilera, Ignacio, 29, 30, 31.
Alarcos García, Emilio, 37.
Alarcos Llorach, Emilio, 37.
Alba, Santiago, 33.
Alcalá Zamora, Niceto, 28.
Alday, Ernesto, 19.
Alfonso XIII, 27, 45, 62, 65.
Alonso, Bruno, 22, 23.
Alonso, Dámaso, 30.
Alvear, Gerardo de, 34, 37.
Arce, Adolfo, 35.
Arce, Manuel, 12, 31, 35, 54, 56.
Argenta, Ataúlfo, 51.
Arniches, Carlos, 29.
Avendaño, Antonio, 12, 35, 36.
Azaña, Manuel, 23.
Bach, Johann Sebastian, 51.
Barcelona, Conde de, 39.
Baroja, Pío, 32.
Barquín, Fermín, 32.
Barraquer, Ignacio, 58.
Barros, Eulogio, 29.
Basagoiti, Juan Antonio, 33.
Bastos, Sor Carmen, 46.
Beethoven, Ludwig van, 51, 52.
Bello, Luis, 23.
Bonmatí de Salinas, Margarita,
47.
Borbón, Príncipe Juan Carlos de,
17, 63.
Botín, Francisco, 27.
Brahms, Johannes, 51.
Brena, Manuel de la, 29, 35.
Cambó, Francisco de Asís, 45.
Carande, Ramón, 29.
Carranza, Arzobispo Bartolomé
de, 42.
Carrillo, Tomás, 29, 35, 39, 40
50, 56, 66.
Carvajal, Marqués de, 39.
Casado, José Luis, 12.
Castañeda, María, 36.
Castillo, Alfredo, 51.
Ceano-Vivas, Nicolás de, 29, 35,
39, 50, 52.
Cifrián, Beci, 61.
Collado, José Antonio, 63.

- Corcho, Mario, 27.
Cordero, Bernardino, 19, 20, 27,
29, 31, 33, 35, 40, 47, 50,
66.
Cordero, Francisca, 32.
Cordero, Juan, 20.
Cortiguera, José, 27.
Cossío, José María de, 40.
Cossío, Pancho, 54, 55.
Cuervas Mons, Antonio, 35.
Cuevas Cayón, Eduardo, 37.
De Gaulle, General Charles, 62.
[Díaz] Caneja, Juan Manuel, 30.
Díaz Caneja y Bustamante,
María, 56.
Díaz Caneja y Bustamante,
Maite, 56.
Díaz Caneja y Candanedo,
Emilio, *passim*.
Díaz Caneja y Candanedo,
Faustino, 44.
Díaz Caneja y Candanedo, S. I.,
Francisco, 44.
Díaz Caneja y Candanedo, Juan,
44, 45.
Diego, Gerardo, 40.
Díez Ceballos, Víctor, 35, 37.
Digón, Jesús, 26.
Digón, Ponciano, 26, 34.
Eisenhower, General Dwight D.,
49.
El Estudiante, 53.
Escalante, Amós de, 60.
Escobar, José, 53.

- Escudero, Vicente, 29.
Espina, Antonio, 40.
Espina, Concha, 57, 58.
Espina, Viuda de García Fidalgo,
Mercedes, 57.
Espinosa, Mariano, 29.
Esplandiú, Juan, 29.
Fernández Castaño, Emilio, 12.
Fernández Cavada, Consuelo, 30.
Fernández Dívar, Antonio, 27.
Fernández de la Torre, Vicente,
27.
Franco, General Francisco, 22,
26, 48, 49.
Franco, Gabriel, 37.
Frank, Anne, 56.
Galicia, Francisco, 40.
García, Fernando, 33.
García Alonso, Diego, 32, 35.
García Cantalapiedra, Aurelio,
12, 31.
García de Diego, Vicente, 30.
García Gómez, Emilio, 29.
Gide, André, 56.
Gil Delgado y Armada, Carmen,
12, 46.
Gil Delgado y Armada, Sor Paz,
46.
Gil Robles, José María, 43, 46,
47.
Giménez Fernández, Manuel, 46.
Gómez Collantes, Fernando, 12,
29, 35, 37.

Gómez Collantes, Jesús, 29, 34, 35, 61.
 Gómez Pelayo, María Luisa,
Vid. Pelayo, Marquesa de.
 González Camino, María, 49.
 González Echegaray, Rafael, 28, 35.
 González Trevilla, Agustín, 19, 20, 27, 32, 33, 34.
 González Trevilla, María del Carmen, 33.
 Gonzálvo Fernández, Ernesto, 22.
 Granell, Amado, 39.
 Guerra, Ricardo, 21.
 Gullón, Ricardo, 13, 29, 31, 32, 35, 37, 56.
 Gutiérrez Torcida, Julián, 34.
 Hernando, Teófilo, 27.
 Hidalgo, José Luis, 61.
 Hierro, José, 35.
 Hittet, I. I., 55.
 Hoyos Sainz, Luis de, 29, 30, 37, 41, 43.
 Hoyos Sancho, Marisol de, 29.
 Hoyos Sancho, Nieves de, 29.
 Hoz, Angel de la, 12.
 Ibáñez Freire, Antonio, 36.
 Jaurey, Marcel, 16, 35, 66.
 Juan, Pascual de, 25.
 Kessler, Pablo, 34.

Lafuente Ferrari, Enrique, 40.
 Largo Caballero, Francisco, 39.
 Lavín Cobo, José Luis, 34.
 León, Valeriano, 30.
 Lerroux, Alejandro, 20, 33.
 Linazasoro, Marcos, 60.
 Littré, Émile, 50.
 López Albo, Wenceslao, 15, 16, 18, 21, 22, 24, 25.
 Lorenzo, Leonor, 37.
 Lucia, Luis, 46.
 Lloreda, Angel, 19, 27, 29.
 Machado, Manuel, 37.
 Macho, Victorio, 40.
 Madariaga, Benito, 12.
 Madariaga, Salvador de, 47.
 Mallo, Cristino, 40.
 Marañón, Gregorio, 15, 21, 23, 24, 27, 40, 41, 42, 48, 49.
 María Cristina de Habsburgo, reina de España, 63.
 Marías, Julián, 33.
 Martínez Gómez, Manuel, 39.
 Maruri, José Luis, 12, 29, 35, 50, 59.
 Maruri, Julio, 31, 39.
 Maura, Antonio, 44.
 Maurer de la Serna, Gabriela, 58.
 Mendiburo, Andrés, 19.
 Mendiburo, Julio, 19.
 Menéndez Pelayo, Marcelino, 41, 42.

Miranda, Laureano, 21, 22, 23, 24.
 Mola, General Emilo, 67.
 Montherlant, Henry de, 56.
Morenito de Talavera, 53.
 Morral, Mateo, 63.
 Mozart, Wolfgang Amadeus, 51.
 Muñiz, Angel, 18.
 Muriedas, José, 27.
 Mussolini, Rachele Guidi, Viuda de, 36.
 Navarro Martín, Augusto, 26, 32.
 Neila, Manuel, 25.
 Nieto, Carlos, 31.
 Obregón Siurana, Juan, 35.
 Ocharan Aburto, Luis, 49.
 Ontañón, Santiago, 40.
 Ors, Eugenio d', 48.
 Ossorio y Gallardo, Angel, 43, 44.
 Pabón, Jesús, 59.
 Pelayo, Marquesa de, 16, 18, 24, 46, 48, 49.
 Pelayo de la Torriente, Ramón, *Vid.* Valdecilla, Marqués de.
 Pereda, Fernando María, 39.
 Peredo, Adolfo, 19, 26, 27, 28, 29, 32, 35, 37, 41, 50.
 Peredo, Franco, 26.
 Pérez Bustamante, Ciriaco, 41, 42.
 Pérez Galdós, Benito, 32.

Pérez del Molino, Eduardo, 47.
 Pino, Emilio, 34, 49.
 Pino, José Antonio, 39.
 Pombo Escalante, Carlos, 19.
 Primo de Rivera, General Miguel, 17, 24, 44.
 Riancho, José Manuel, 35.
 Río Sainz, José del, 29, 34.
 Ríos, Fernando de los, 23.
 Rodríguez Alcalde, Leopoldo, 31.
 Rodríguez Pascual, marqués con-
 sorte de Pelayo, Eugenio, 48.
 Roldán Losada, Jacobo, 36, 37, 38.
 Rosales, Luis, 64.
 Royo Villanova, Antonio, 30.
 Ruiz Zorrilla, Angel, 19, 27.
 Ruiz Zorrilla, Luis, 53.
 Sainz de la Maza, Paloma, 12.
 Sainz de la Maza, Regino, 40.
 Saiz Viadero, José Ramón, 12.
 Salmón, Federico, 46.
 Salomón, Carlos, 31.
 San Martín, Manuel, 26.
 Sánchez Díaz, Ramón, 30.
 Sánchez Reyes, Enrique, 42.
 Sanjurjo, General José, 28.
 Santamatilde, Francisco, 35, 60.
 Schabelsky, Pablo, 12, 35, 37.
 Segura, José, 29.
 Serna Espina, Josefina de la, 57, 58.
 Serna Espina, Luis de la, 58.
 Sierra, Manuel, 29.

Simarro, Luis, 16.
 Simenon, Georges, 55.
 Somarriba, José, 27.
 Sordo, Enrique, 31.
 Suñer, Enrique, 43.
 Turner, Joseph-Mallord-William,
 55.
 Unamuno, Fernando de, 45,
 Unamuno, Miguel de, 45, 64.
 Usandizaga, Manuel, 37, 43.
 Uzcudun, José, 31.
 Valdecilla, Marqués de, 15, 16,
 23, 24, 43, 49.
 Vallina, Antonio, 19, 27.
 Vázquez, Francisco, 12.
 Vázquez, José Luis, 53.

Vega Hazas, Alfredo de la, 27.
 Vegas Latapie, Eugenio, 17, 35,
 38, 39, 40, 63, 64, 67.
 Vela del Campo, Luis, 37.
 Velarde, Angel, 37, 66, 67.
 Vicente, Eduardo, 40.
 Vico, Antonio, 30.
 Victoria Eugenia de Battenberg,
 reina de España, 62, 63, 64,
 65.
 Vierna, Alberto, 35.
 Vighi, Francisco, 40.
 Yepes, Narciso, 40.
 Ynduráin, Francisco, 40.
 Zamora, José de, 30.
 Zúñiga, Antonio, 12, 35, 38.

COLECCION COLOFON DEL AÑO

Julio Neira
Aleixandre: el proyecto editorial de Desamor

Aurelio García Cantalapiedra
Juan Ramón Jiménez y Santander

Luis Alberto Salcines
Gerardo de Alvear, el pintor de la bahía

Carlos Galán Lorés
Tres calas en tres novelistas cántabros

Ricardo Gullón
El Santander de mi tiempo

Pablo Beltrán de Heredia
El doctor Díaz Caneja y su tertulia

Se terminó de imprimir
en Santander,
el día 30 de noviembre de 1990,
en el
Taller de Artes Gráficas
de
Gonzalo Bedía.